


perspectivas de diálogo

CENTRO
PEDRO
FABRO

MONTEVIDEO
URUGUAY

 **EL SUBDESARROLLO
Y LA DEPENDENCIA
COMO ESTRUCTURAS
DE REPRESION EN A. L.**

perspectivas de diálogo

director:

Andrés Assandri

equipo redactor:

Centro Pedro Fabro

caratulista:

Yim-Cheung-Koon

redacción y administración:

Agracida 2974 - Montevideo

teléfono: 29 74 66

Con la debida aprobación

precio del ejemplar: \$ 150.—

Año VII — Julio 1972 — N° 65

129 ¿Es más lo que nos separa que los que nos une?

133 Reflexiones sobre la fe

Ricardo Cetrulo

137 El subdesarrollo y la dependencia como
estructuras de represión

142 El porvenir de la Fe

Joseph Thomas

147 La Iglesia y el problema racial en A. L.

152 Bolivia: tensión entre Iglesia y Gobierno

1) Allanamiento de la Prelatura de Corocoro

2) Conflicto en Santa Cruz

160 Opción fuera de la ley

¿ES MAS LO QUE NOS SEPARA QUE LO QUE NOS UNE?

Hemos llegado a un momento en la marcha de nuestro país en que las circunstancias nos llevan a formularnos preguntas muy fundamentales, preguntas que podríamos suponer respondidas ya desde hace tiempo, por el simple hecho de existir.

En efecto, si el Uruguay existe es porque se ha dado entre los miembros de la sociedad un consenso mínimo sobre lo que somos, sobre lo que buscamos en conjunto, sobre lo que podemos y queremos ser.

Es una respuesta de hecho. Sobre la base de ese consenso mínimo, se dan luego divisiones, conflictos, que en situaciones normales, no afectan la marcha de la sociedad.

Sin embargo, el acontecer de los últimos años nos obliga a replantear esas preguntas. No porque neguemos el pasado, sino porque el presente trae consigo una creciente dosis de división y conflicto que nos lleva a reflexionar sobre los elementos mismos de nuestra convivencia.

En realidad, no es nuevo este hecho en la historia de la humanidad. Los períodos de crisis económica —y nosotros la arrastramos ya desde la década del 50— tienden a generar radicalizaciones políticas. Porque en ellos el problema de la justa distribución de la riqueza deja su lugar al de quién o quiénes sufren más intensamente las consecuencias de la crisis. Y esto cambia cualitativamente el clima de las relaciones humanas dentro de la sociedad.

Una cosa es la lucha por la más justa distribución de una riqueza creciente en una situación de expansión económica, y otra muy distinta, repartir los impactos negativos de la crisis de una economía que, aparentemente, se bate en retirada.

Si la prosperidad de un pasado todavía cercano, pudo adormecernos en el tranquilo goce de un bienestar quizá ficticio —en cuanto desproporcionado a nuestra riqueza real— el empobrecimiento sentido como proceso regresivo, prolongado y sin esperanzas claras, sacude a muchos, despierta conciencias, suscita luchas sociales, que, a su vez, amenazan a otros, los enervan, les hacen perder el juicio sereno y calmo sobre las situaciones.

Todo ello se traduce en actitudes políticas y deja al descubierto divisiones profundas, quizá existentes pero no percibidas en la prosperidad relativa del pasado.

El empobrecimiento de la crisis pone de manifiesto lo que el bienestar oculta: una democracia no es necesariamente un todo armónico que avanza inexorablemente hacia metas de progreso. Encierra también situaciones conflictivas, intereses encontrados, y por tanto, división y lucha política, lo cual no afecta la esencia de la democracia como sistema político, aunque sí constituya un desafío.

Optar por la democracia es una apuesta a la madurez de una sociedad, a su capacidad de respetar las leyes de juego, de aceptar la división sin confundirla —ni definirla— con el caos, de asumir la lucha de intereses pero sin odio, y de estar abiertos para transitar nuevos caminos cuando los viejos se han revelado ineficaces.

Cabe preguntarse si la realidad uruguaya justifica un diagnóstico de madurez o si por el contrario existen indicios claros de que estamos pasando ciertos umbrales peligrosos que exigen reflexión.

Porque las divisiones comienzan a ser cada vez más el resultado de reacciones irracionales que de una toma de posición consciente por opiniones encontradas.

A su vez, las radicalizaciones extremas (de cualquier signo) generadas por esos dinamismos irracionales, son más la expresión de mecanismos psicológicos de evasión de la complejidad, que el resultado de un análisis sereno de situación.

La transformación de la lucha propia de una democracia en odio irracional parece ser el ingrediente nuevo, riesgoso e inconducente de la situación uruguaya, el que nos hace marchar por caminos inciertos y desconcertantes.

En este contexto nos preguntamos si existe otra solución que la de sustituir la irracionalidad por la reflexión: hacer un paréntesis a los estereotipos que de uno y otro lado se forjan y se traducen en "slogans" y adjetivaciones fáciles (también los estereotipos expresan el miedo a la complejidad) y preguntarse con sinceridad: ¿es más lo que nos separa que lo que nos une?

Esta pregunta no debe confundirse con un llamado fácil a la unión por encima de las divisiones, lo cual puede pretender ignorar o barrer divisiones muy sustanciales. Se trata más bien de situar racionalmente dónde radican las divisiones existentes y luego analizar si tenemos como sociedad la madurez para afrontar-

las dentro de las leyes de juego del sistema político que hemos elegido.

¿Qué nos une a los uruguayos? ¿qué nos separa?

Si preguntáramos si existe un acuerdo sobre el hecho que nuestra sociedad no ha llegado a su realidad definitiva sino que, en cuanto inmersa en la historia está sujeta a las vicisitudes de ella, parecería que una mayoría respondería afirmativamente.

Si insistiéramos y agregáramos que la dirección que debe dominar el proceso de nuestra sociedad es la de una creciente humanización, o sea, la creación de nuevas posibilidades para la realización humana de sus miembros, difícilmente podría objetarse tal afirmación.

Y si concretando esas generalidades añadiéramos que toda democracia debe lograr una participación siempre mayor de los ciudadanos en el proceso político y económico del país, muy pocos negarían teóricamente tal afirmación.

Y así podemos continuar. ¿Quién rechazaría la idea de que debemos incrementar nuestra producción, y si es posible descubrir y explotar nuevas riquezas? ¿O que debe lograrse una equitativa distribución de la riqueza producida? ¿O que debemos promover los elementos de una cultura nacional? ¿O que debemos defender nuestra soberanía, de acuerdo a la declaración de 1825 en los albores mismos de nuestro ser de nación?

Ahora bien, si son tantas —y podríamos citar otras muchas— las cosas que nos unen, ¿por qué no aparece ese consenso en la cotidianidad de la vida del país? ¿Por qué prevalece el odio, la adjetivación malintencionada, la simplificación de las posiciones opuestas a la propia, en lugar de la discusión franca sobre lo que nos separa?

Porque, obviamente, lo dicho antes no pretende ocultar las divisiones que existen entre los uruguayos. La realización de cada una de las afirmaciones precedentes va a ser entendida de manera diferente.

De un modo general, y dejando de lado los detalles, son dos concepciones del hombre y de la sociedad las que se enfrentan.

Para unos se trata de dinamizar los complejos mecanismos del sistema económico, aumentar la producción y la riqueza, en la esperanza de que tal crecimiento redundará finalmente en beneficio de todos, y permitirá la reincorporación a la sociedad de numerosos grupos hoy todavía marginales a ella.

Para otros se trata de un salto adelante fundamental, de una reorganización de las relaciones humanas que elimine la dominación, lo cual, evidentemente, cambia el equilibrio del poder dentro de la sociedad. La preocupación básica de esta posición no es la mayor producción de riqueza, sino ante todo, una nueva situación del hombre en la sociedad para que pueda ser él mismo, y desde ahí, producir, crear, construir. Desde su cultura propia, desde su ser conciente, desde su sentimiento de responsabilidad con respecto a la totalidad de la sociedad. Para llegar a los objetivos de la primera posición, piensan éstos, hay que pasar antes por transformaciones sustanciales.

Esto es, en definitiva, lo que separa: dos concepciones globales que se enfrentan.

¿Es esto suficiente para explicar los dinamismos irracionales que se han desencadenado? Aparentemente no. La oposición que mencionamos no es nueva en nuestro país. Podría decirse que acompaña una buena parte de nuestra historia y que se integra en los mecanismos de nuestra democracia.

¿Cómo explicar entonces el odio que campea en nuestros días? ¿Lo que en el pasado se toleró como un lujo de la democracia se habrá convertido hoy en una amenaza al pasar a ser una opción posible? ¿Tendríamos entonces que hablar de una irracionalidad y de un odio voluntariamente promovidos?

En este caso el camino sería francamente equivocado. En un momento en que se necesitan las energías de todos para construir nuestro destino no parece acertado fomentar artificialmente las divisiones irracionales. Es un camino sin salida.

Se trataría más bien de crear las condiciones para una discusión franca de lo que separa, en el proceso mismo de construcción al que tenemos que abocarnos sin demora.

¿Tenemos la madurez necesaria para esta tarea? Este parecería ser el desafío para nuestra sociedad. Quizá el más grande y el más serio que ha debido enfrentar en su historia.

PERSPECTIVAS DE DIALOGO

REFLEXIONES SOBRE LA FE

Ricardo Cetrulo

I

En la primera parte de estas reflexiones (*) analizamos desde un punto de vista teórico el problema de la desideologización de la fe, es decir, de su desidentificación con las categorías de una cultura en la que se había **adaptado** para recuperar su carácter de **fermento**, su capacidad transformadora del hombre y sus posibilidades.

Decíamos entonces que esa desidentificación no se realizaba automáticamente sino que estaba condicionada por una toma de conciencia de lo que llamábamos la "dimensión pública" (política) de la existencia humana: lo social como constitutivo de la condición del hombre y no como mero escenario en el que actúan los individuos.

Agregábamos luego que **desde** esa nueva experiencia, era necesaria una relectura de las fuentes cristianas —la Sagrada Escritura en primer término— para reivindicar la coherencia entre la nueva visión del mundo y lo que Dios nos dice al revelarse, desde los orígenes del pueblo que El constituyó.

Planteo teórico, decíamos, y por tanto no debe ser interpretado como una secuencia de etapas, ni como un análisis fenomenológico del proceso mismo, sino como **la reafirmación de los polos dialécticos entre los que tal proceso debe realizarse.**

De ahí que al término de esa primera parte nos preguntábamos si habíamos respondido a la situación de los cristianos del segundo tipo.

Porque, en efecto, las preguntas que dejamos pendientes: ¿Por qué para muchos cristianos que han asumido su dimensión política la fe va perdiendo vigencia hasta convertirse en una referencia lejana? ¿Cuál es el riesgo de diluir la especificidad del cristianismo en un compromiso histórico? apuntan a otro nivel de análisis, vale decir, al de la concreción de la marcha de la existencia cristiana por un camino ciertamente complejo y que plantea no pocos problemas a la actividad pastoral de la Iglesia.

Entramos, por lo tanto, en una perspectiva pedagógica. En ella, es importante recordarlo, hay que respetar los hechos como son (no como quisiéramos que fueran), tratando de comprenderlos. Pero a la vez, hay que evitar de erigirlos en norma. Antes bien, la comprensión del hecho debe clarificar lo que es ambiguo, buscar caminos de salida, dinamizar lo que ha tendido a esclerosarse, criticar lo que tiende a justificarse, transformar lo que tiende a perpetuarse.

Es un hecho que existen cristianos que se preguntan, algunos con preocupación, otros con cierta lasitud e indiferencia, sobre el sentido actual para ellos, de una fe que otrora tuvo vigencia pero que hoy se ha diluído a medida que nuevas experiencias y urgencias propias de la acción, han cambiado su centro de valoración.

Es un hecho, y como tal hay que aceptarlo antes de todo juicio normativo sobre el **deber**

(*) Perspectivas de Diálogo Nº 63.

ser. El esfuerzo de comprensión de ese hecho nos va a llevar a un análisis de las formas más generales que puede tomar en la concreción de la existencia cristiana el proceso cuyos momentos teóricos analizamos en el artículo precedente. Y veremos que en la experiencia real las cosas no son tan simples como en el análisis teórico.

El cristiano que ha sido formado en una fe ideologizada no pasa, sin más, a una nueva experiencia humana desde la cual reencuentra en las fuentes bíblicas la autenticidad de su fe.

Porque, en primer lugar, la fe que recibió en la niñez no es algo emocionalmente neutro sino que está asociada con las personas en quienes se la vio realizada y vivida y que contribuyeron a su formación cristiana: los padres, los catequistas, los profesores.

En segundo lugar, tampoco es la fe un sector de la personalidad, en cierta manera aislable de ella. La formación cristiana, lo queramos o no, crea una mentalidad **totalizante**, que influye en toda nuestra acción.

Y en tercer lugar, la fe, aunque identificada con la cultura y adaptada a ella, nunca lo es en forma tan absoluta que no existan siempre en ella elementos dinamizadores. Se podrá desfigurar la imagen de la persona de Jesús, sin embargo en la fórmula: "El murió por nosotros", aun en una interpretación que desvirtúa su verdadero contenido, queda siempre el hecho de la generosidad de una entrega gratuita y la potencialidad de ser germen de otras generosidades. (Lo mismo valdría para otras formulaciones).

De no ser así, no habría posibilidad de ningún tipo de proceso. Si el cristiano inicia un camino de apertura a una nueva dimensión humana es porque encontró en la fe vivida hasta entonces el dinamismo para salir del individualismo al compromiso con los demás como exigencia de esa misma fe.⁽¹⁾

(1) Con estas tres observaciones se hace difícilmente aceptable la posición de quienes postulan un proceso de desideologización de la fe **sin referencia** a la fe, puesto que ésta es aun fe ideologizada. Creemos que en esta concepción se convierten lo que hemos llamado "momentos teóricos" en etapas existenciales y al hacerlo no se advierte la imposibilidad de acceder a una experiencia humana libre de toda influencia de la fe anteriormente

Este es, en líneas generales, el punto de partida. Y a su vez, aquí comienza el aspecto problemático del proceso.

Es muy probable, en efecto, que el cristiano del segundo tipo lleve a su acción solamente la inspiración general de lo que ha descubierto, sin continuar simultáneamente la búsqueda de las implicaciones que ese descubrimiento, y la acción ulterior, tienen para el reencuentro de la fe.

Descubrir el amor, y el amor eficaz, como núcleo central del mensaje cristiano, no es poco. Pero es insuficiente. Descubrir que la acción temporal y el compromiso en la construcción de un mundo de nuevas posibilidades para el hombre no es heterogéneo con el crecimiento del Reino, no es poco, pero es también insuficiente. Descubrir la unidad de un plan salvífico de Dios que se desarrolla en el mundo y que engloba a toda la humanidad —lo sepan los hombres o no— no es poco. Pero no basta. Es un **punto de partida** imprescindible para la comprensión de la **situación del cristiano en el mundo**, pero no un **término** después del cual sólo resta actuar coherente con lo que **ya se ha visto**. Es un elemento importante para orientar las relaciones del cristiano con los no cristianos, pero de ningún modo una invitación a renunciar a la vocación cristiana y a la función del cristiano en el mundo.

En una palabra, la categoría teológica de la **fe implícita**, tan esencial para la comprensión de la carta a los Romanos y del pensamiento de San Pablo sobre la universalidad de la salvación, no es una invitación al cristiano a renunciar a las complejidades de la **fe explícita** sino un anuncio de que el mundo que tienen ante sí no es un mundo vacío de Cristo ni de Dios sino en expectativa de una Buena Noticia.

Si la construcción de la historia es la tarea del hombre —cristiano o no—, la evangelización constituye la vocación cristiana por excelencia.⁽²⁾

vivida. El proceso **real** es como veremos más complejo y más ambiguo.

(2) Con esta distinción no estamos reintroduciendo viejos dualismos. La coherencia entre la construcción del

Ahora bien, esto supone que los momentos dialécticos no se convierten en etapas históricas sino que, dado el punto de partida señalado, se continúa el diálogo entre la experiencia humana que se abre a nuevas dimensiones en el mundo, y una fe que no se deja y se cambia por otra, sino que se **va transformando progresivamente** a medida que la acción histórica plantea nuevos interrogantes.

Sugerimos aquí que la situación de los cristianos del segundo grupo se explica en parte por un abandono de ese diálogo con las fuentes cristianas, particularmente con la Palabra revelada en la Escritura. Cuando se llega al término del proceso y se pregunta —con inquietud o con indiferencia— sobre la vigencia actual de la fe, es muy probable que esa pregunta sea explicable en parte por una inadecuada realización del proceso.⁽³⁾

En esa medida, estos cristianos plantean interrogantes serios a la actividad pastoral. ¿Hemos sabido realmente acompañar esos procesos? ¿Hemos colaborado a la progresiva reformulación de la fe desde las nuevas experiencias? ¿Hemos estado abiertos para oír la Palabra que viene de los acontecimientos, por más desconcertantes que sean, para poder releer la Palabra de las fuentes bíblicas y descubrir en ella la "novedad" de que es siempre portadora para todos los tiempos? ⁽⁴⁾ ¿Hemos creado las estructuras internas de la Iglesia que permitieran asumir a esos cristianos, y que crearan las condiciones de una seria reflexión sobre su función en el mundo?

Preguntas todas que no cabe responder por un sí o por un no, sino que sugieren más bien, elementos de análisis y de reflexión.

mundo y la evangelización no impide la distinción de ambas como tarea.

(3) Algo similar podríamos decir sobre la llamada "teología de la muerte de Dios". Si se llegó a esas formulaciones radicales es probable que ello se deba a que no se supo mantener el diálogo entre el proceso de secularización —y las auténticas experiencias humanas que él comportaba— y la reflexión cristiana.

(4) La categoría de "novedad" la tomamos del lenguaje bíblico del Antiguo y Nuevo Testamento. Desde la predicción de los profetas hasta el "He aquí que hago todas las cosas nuevas" del Apocalipsis, la acción de Dios ha sido siempre comprendida como una creación que supone despojarnos de lo viejo y abrírnos a la "novedad". Un análisis de esta categoría puede verse en J. L. Segundo y otros, *Gracia y Condición Humana*, Buenos Aires. Ed. Carlos Lohlé, 1969, "La novedad de Cristo", pág. 169.

Con esto no queremos minimizar lo dificultoso de la crisis en sí misma. Sólo afirmamos que no necesariamente debe llegarse por causa de ella a la situación de quien se pregunta por la fe, con la sensación de haber perdido algo fundamental en el camino de acceso a una nueva dimensión del hombre.

Algunas experiencias pastorales y catequéticas permiten concluir que un acompañamiento adecuado puede reducir el costo humano del proceso. Pero no evitar la **crisis** en su sentido etimológico de discernimiento para la opción.

Sin perjuicio de la diversidad de formas que puede tomar tal crisis, el momento clave de ella se produce cuando se experimenta la dolorosa tensión entre las fórmulas esquemáticas que durante un tiempo constituyeron la garantía de nuestra fe, y una experiencia humana que se va adentrando por caminos hasta entonces desconocidos.

Concreticemos más. Algunos caracterizan esa nueva experiencia como un descubrimiento de la solidaridad humana, solidaridad que trasciende el gesto de generosidad (aislado o repetido) para con el **próximo**, para convertirse en una experiencia totalizante, en una suerte de imposibilidad de concebir su vida y su destino separado del de los demás, con la consiguiente responsabilidad respecto a la totalidad. Lo individual, lo "propio", la satisfacción personal, la búsqueda de garantías para un futuro sin imprevistos, pasan a segundo plano, no porque dejen de ser importantes, sino porque son inseparables ya del destino de todos los demás hombres.

Ahora bien, esa experiencia puede contrastar no tanto con fórmulas concretas de la fe (las expresiones del Credo, por ejemplo) sino con la forma en que efectivamente hemos vivido la globalidad de la fe, en que un énfasis excesivo en la salvación individual la hacía difícilmente conciliable con la unidad que nos religa a todos.

Lo mismo digamos de la tensión entre la experiencia profunda de la igualdad entre los hombres (otro aspecto de la nueva dimensión)

y la subsistencia de estructuras internas de la Iglesia —formales o informales— que niegan en los hechos tal igualdad.

Es el momento del discernimiento, de la confrontación con el pensamiento bíblico, de la reflexión.

Pero hay que reconocer que no siempre es fácil ese contacto permanente con las fuentes cristianas.

En primer lugar porque el pensamiento bíblico asumió también él el lenguaje y las formas culturales de su época. La simple lectura puede dejar la desagradable sensación de un mundo hermético cuya clave de interpretación no poseemos. "¿Cómo voy a entender si nadie me lo explica?" decía aquél alto funcionario de la reina de Etiopía al ser interrogado por el apóstol Felipe si comprendía el pasaje de Isaías que estaba leyendo. (Hechos, 8, 29-38).

En segundo lugar, por un problema de tiempo. Quien experimenta su responsabilidad con respecto a los demás hombres, y la traduce en acción, sabe que ésta se convierte en un dinamismo absorbente, de ritmo difícilmente controlable, y que deja poco tiempo físico y menos aún psicológico, para una actividad ulterior tan exigente como la reflexión cristiana.

Y ésta lleva tiempo. Aunque no sea heterogénea con el quehacer cotidiano que tendrá siempre la preeminencia propia de la realización, no se deja diluir en la acción so pena de que ésta termine por perder su sentido original.

Además de éstas, existen dificultades intrínsecas al proceso mismo y que constituyen, sin duda, los aspectos mas cruciales de la crisis, aquéllos precisamente en los cuales muchos naufragan.

Hay, en efecto, páramos áridos que atravesar. Hay momentos en que se experimenta con intensidad que lo viejo no sirve, cuando aun no se ha formulado lo nuevo. Hay períodos en que se vive la soledad de quien no puede ser ayudado por nadie, no porque se rechace altaneramente la ayuda, sino porque nadie sino el interesado puede encontrar la palabra nueva que expresa la fe antigua vivida en otra situación.

Se plantea entonces la tentación de concluir que "se ha perdido la fe", precisamente en el momento en que se la está viviendo más intensamente. A veces, esa conclusión apresurada puede ser una forma no explícitamente confesada de eludir la tensión entre la experiencia y la reflexión cristiana a partir de ella.

Frente a estos aspectos difíciles del proceso cristiano cabe preguntarse si no es necesario retomar el olvidado lenguaje de los místicos cristianos, aplicando a estas situaciones inéditas lo que ellos vivieron en un contexto distinto, llámese la desolación ignaciana, la noche oscura de San Juan de la Cruz, o las purificaciones de toda la tradición espiritual. En un lenguaje actualizado, ¿qué significan esas expresiones sino que debemos morir a estructuras ya acabadas de nuestra conciencia para seguir abiertos en la historia a un Dios que no se deja agotar por ninguna de las comprensiones limitadas que tenemos de El?

Por esas etapas —cuya extensión no está en nuestras manos precisar— tenemos que pasar inevitablemente, porque son la condición para el descubrimiento de la "novedad", categoría esencial del pensamiento bíblico.

Sería importante, ante la dificultad real de mantener la tensión entre los dos polos dialécticos: el compromiso histórico y la explicitación de la fe, el situar en este nivel los numerosos textos evangélicos, otrora interpretados en un contexto exclusivamente individualista, sobre la abnegación y la renuncia radical a todo para seguir a Jesús, es decir, para continuar su tarea en el mundo de hoy.

Lo dicho hasta aquí es un intento por comprender, sin por eso justificar, las actitudes de los cristianos del segundo grupo.

Hemos tratado de dejarnos cuestionar por la existencia de tales cristianos, formulando las preguntas que desde ellos vienen a una actividad pastoral que no siempre ha sabido encontrar el lenguaje para la comunicación de la fe.

Asimismo hemos cuestionado la forma de realizar el proceso de tales cristianos. Si se llega a ese desinterés práctico por la fe, ello se debe probablemente a que no se mantuvo la

necesaria tensión entre la experiencia humana nueva y la reflexión cristiana.

Pero a la vez tratamos de analizar la complejidad intrínseca del proceso y la inevitable crisis que él comporta.

Digamos, finalmente, que los cristianos del segundo grupo constituyen una riqueza en la vida de la Iglesia y un aporte importante para la sociedad.

Al término de estas reflexiones, permítasenos sugerir que la situación de esos cristianos no

es definitiva. No habiendo mediado una opción **contra la fe**, parecería que ellos viven un compás de espera.

La convicción de las "riquezas insondables del misterio de Cristo presente en la historia" y de la insustituible función del cristiano en el mundo nos lleva a esperar que se expliciten todas las potencialidades vividas en el compromiso histórico en la significación última que le da su sentido definitivo.

A eso apuntan estas reflexiones.

LIBROS

OPCION FUERA DE LA LEY

JOSE MARIA LLORENS S. J.

M E N D O Z A 1972

Este libro de Llorens reúne tres fuerzas esencialmente evangélicas: la denuncia, el anuncio y el testimonio. Junto a los mercaderes que deben ser arrojados del templo, un tremendo soplo arrancando de las vienaventuranzas campea en todo el documento, donde el autor es protagonista, también, por opción de vida. Y todo sucede mientras el mundo se desgarrá dentro de la ley y el orden impuestos por los césares de la tierra. Por tanto la experiencia desborda los límites donde acontece —Barrio San Martín, Mendoza— y resultará muy difícil, para muchos desprevenidos lectores, escapar a un duro planteo vital, a nivel de conciencia, cuando cierren la última página.

Cuando tantos escritores escamotean su incertidumbre en el grave compromiso de clarificar al detonante proceso que vivimos. Llorens asume esa responsabilidad con la misma sencillez que caracterizó su acción entre los humillados y ofendidos que encontraron en él al más elocuente y auténtico defensor de sus derechos más elementales: el pan y el techo. Lo sienten a uno de los suyos; les pertenece. Y desde ese contexto recíproco, en un liderazgo de amor, en una experiencia de vida absolutamente comprometida, Llorens relata el palpitante acontecimiento, difundiendo la "buena nueva" en este libro, con el apoyo de textos que seguramente han sido claves donde encontró la respuesta universal para una vivencia geográficamente fragmentaria que eleva a dimensión sudamericana.

No pertenece a la raza de los intelectuales, ni de los ideólogos. No es escritor ni polemista. Aprendió de todos, acaso para desecharlos porque no los encontró entre los obreros. Ignora que su obra es un vibrante desafío a todos ellos.

Libros así, duelen. Muchos, luego de leerlo, tal vez no puedan dormir con la misma tranquilidad de antes. Para otros, acaso, signifique comenzar a comprender para qué vivió el "Che". Por quiénes cayó Camilo. Para los habitantes del Barrio la única novedad consistirá en ver sus nombres registrados en las páginas. Al relato lo conocen de memoria. Para los que tienen sus esquemas mentales ordenados, acaso comience a precipitarse una primera revolución interior. Para los que prefieren seguir sordos y mudos, sin observar que las llamas están por devorar sus casas, que está llegando la hora de devolver a los desposeídos el fruto de su robo, que las exigencias de una justicia mayor tiene carnadura de pasión en los pueblos, esta "Opción" puede tener el significado de un primer aviso.

Eso sí: es la historia de una ternura llevada a la acción hasta sus consecuencias finales. Puede parecer dura, áspera, cruel. Sin epílogo. Recién comienza. Y el parecido de los personajes con los del drama del Gólgota no es casual. Ni novedoso. Como que tienen dos mil años de vigencia. Y viven con nosotros, en nosotros. Y continuará resultando alarmante que tengan las manos manchadas con sangre. Hubiéramos preferido que todo sucediera lejos, en otro lugar, en un tiempo distinto.

Pero sucede aquí. Hoy. A nuestro lado, compañeros.

Roberto Brillaud

Mendoza, abril de 1972.

EL SUBDESARROLLO Y LA DEPENDENCIA COMO ESTRUCTURAS DE REPRESION

1. LA MARGINACION

A medida que crece la población latinoamericana se hace más ancha la brecha que separa a la minoría de altos ingresos de la vasta mayoría condenada a la pobreza. Simultáneamente, dentro de las capas crecientes de población sometidas a una pobreza relativa que se va agudizando, aumenta la proporción de los sectores marginales, que no encuentran ninguna posibilidad de inserción en el mercado de trabajo o que sólo la encuentran de un modo inestable y parcial. Las sociedades latinoamericanas, que salvo contadas excepciones funcionan al servicio de minorías nativas y de intereses extranjeros, reaccionan violentamente ante el desafío de la agudización de sus propias contradicciones. El sistema necesita organizar y extender estructuras de represión cada vez más asfixiantes, para prevenir y ahogar las explosiones de rebeldía de las grandes mayorías que no tienen acceso a los frutos del desarrollo.

La marginación de grandes contingentes de población urbana y rural, tiene un carácter permanente e irreversible dentro de las estructuras económico-sociales en vigencia. Las medidas "asistencialistas" que los gobiernos y las organizaciones privadas llevan adelante para remediar esta situación, muestran un alcance muy limitado o nulo frente a las dimensiones del problema. Por medio de la caridad no pueden amortiguarse considerablemente las tensiones que derivan

de las estructuras básicas del orden social constituido. Nuestras sociedades resultan impotentes para "integrar" a las masas marginales crecientes, por la sencilla razón de que esas masas son expelidas por las propias leyes internas del desarrollo del sistema.

1.1. El crecimiento de la población y la planificación familiar

Como se sabe, América Latina registra la tasa de crecimiento demográfico más alta del mundo. El ritmo explosivo del aumento de la población no parece haber sufrido alteraciones como consecuencia de la campaña de difusión de medios anticoncepcionales, desatada en estos últimos años en toda la región. En la década recién transcurrida la tasa de crecimiento demográfico de más de la mitad de los países latinoamericanos aumentó en relación al decenio de los años cincuenta. Al mismo tiempo, se aceleró en América Latina la tasa de crecimiento de la población en edad de trabajar, que abarca a las personas entre 15 y 65 años de edad. La proporción de la población en edad de trabajar, creció en un siete por ciento, entre 1960 y 1969, con relación a la década anterior (1).

Fue precisamente en estos años, y sobre todo a fines del decenio de 1960, que desde Estados Unidos se destinó una gran masa de recursos al control de la natalidad. La AID (Agencia para el Desarrollo Internacio-

* Informe redactado por la Secretaría Técnica de la Comisión organizadora del Foro sobre "Vigencia de los Derechos Humanos en América Latina". Universidad de la República, Montevideo - Uruguay.

(1) Naciones Unidas, CEPAL, "Tendencias y estructuras de la economía latinoamericana" (Documento de Conferencias). Abril-mayo 1971, Santiago de Chile.

nal) multiplicó por tres, en un solo año, los fondos para planificación familiar en América Latina. En 1969, se invirtieron con este fin cerca de ocho millones de dólares de la AID. Hasta fines de ese mismo año, la Fundación Ford había otorgado, por su parte, más de cuatro millones para investigaciones conducentes a la aplicación de métodos de control de la natalidad en América Latina. La región contaba en 1969 con más de mil clínicas anticonceptivas, lo que implicaba un aumento del 43 % en relación a 1968 (2). Nada menos que la quinta parte de las mujeres casadas de Panamá, fueron esterilizadas (3). Viene al caso observar que Panamá tiene catorce habitantes por kilómetro cuadrado, en tanto que Bélgica, por ejemplo, tiene trescientos habitantes y Alemania Occidental e Inglaterra, 217 (4), lo que claramente demuestra que el "excedente de población" de Panamá sólo puede ser el resultado, como en toda América Latina, de las impotencias estructurales del sistema económico y social en vigencia. De ninguna manera puede hablarse de "super-población" del territorio de Panamá ni de ningún otro país latinoamericano.

El "éxito" relativo de la esterilización masiva en Panamá, no se repitió, sin embargo, en los restantes países de la región. Los esfuerzos norteamericanos por contener el crecimiento de la población en América Latina han resultado virtualmente inútiles.

1.2. Las disparidades en la distribución del ingreso

En la década de 1960, el producto por habitante en América Latina creció a un ritmo del 2.5 % anual. En su conjunto, los países desarrollados excedieron, en el mismo período, el 4 % anual. (5). El abismo que separa el nivel de vida de nuestra región,

de los promedios en Europa o Estados Unidos, se abre cada vez más como consecuencia de este desequilibrio en los ritmos respectivos de desarrollo económico.

Pero ocurre que, además, el hecho de que un país latinoamericano pueda exhibir altas tasas de crecimiento de su producción, no indica una irradiación general de los beneficios del desarrollo. Por el contrario, suele implicar un mayor empobrecimiento relativo de la mayoría y una mayor concentración de la riqueza en provecho de la minoría. En el Brasil, por ejemplo, este "desarrollo de la desigualdad" es bien visible en estos últimos años de considerable crecimiento de la renta. En base a los datos de la CEPAL, publicados en 1967, Celso Furtado había estimado que novecientas mil personas, ubicadas en la cúspide de la pirámide social brasileña, acaparaban en conjunto la misma renta que los cuarenta y cinco millones de brasileños ubicados en la base de la pirámide. (6) Las investigaciones recientes de María de Conceição Tavares y José Serra muestran que esos mismos novecientos mil miembros de la clase alta usurpan ahora una renta mayor que la que suman nada menos que setenta y dos millones de personas (7).

Los promedios nacionales son engañosos, porque ocultan los agudos desequilibrios internos, sociales y regionales, de cada país. Los cálculos de CEPAL, que no toman en cuenta a la masa de latinoamericanos que no participan en actividades remuneradas y por lo tanto no reciben ingreso alguno, indican que el ingreso medio por habitante de América Latina va de los sesenta dólares anuales en el veinte por ciento más pobre de la población, a los 2.600 dólares en el cinco por ciento superior, lo que implica una diferencia de más de cuarenta veces (8). El desequilibrio en la distribución de bienes y

(2) Naciones Unidas, CEPAL, "Tendencias demográficas y opciones para política de población en América Latina". (Documento de Conferencia). Abril-mayo 1971, S. de Chile.

(3) Roberto B. Hartford y George C. Myers, "Esterilización femenina en la ciudad de Panamá, su difusión, efectos y correlativos". Citado en op. cit. en (2).

(4) Unión Panamericana, "Aspectos sociales de la población en América Latina". Citado por Sergio Bagú en "Hacia una política cultural autónoma para América Latina". Varios autores, 1969, Montevideo.

(5) Op. cit. en (1).

(6) Celso Furtado, "Un projeto para o Brasil", Editora Sago, 1969, Rio de Janeiro.

(7) María de Conceição Tavares y José Serra, "Más allá del estancamiento: una discusión sobre el estilo del desarrollo reciente del Brasil". FLACSO, 1971, Santiago de Chile.

(8) Op. cit. en (1).

servicios según las zonas, no es menos agudo. "Las desigualdades que se notan entre países con diferentes ritmos de desarrollo", comenta la CEPAL, "se dan en el interior de un mismo país, con regiones dinámicas, donde se concentran los frutos sociales del desarrollo, y regiones rezagadas donde su ausencia se hace cada vez más grave".

El paso del tiempo no tiende a resolver los problemas. En los últimos años, por ejemplo, "ha disminuido la producción de proteínas por habitante, y es de presumir que la desnutrición proteínica, grave entre los estratos más pobres, se está agudizando, lo que tiene repercusiones perjudiciales sobre la calidad de la población futura, ya que la deficiencia de proteínas en la infancia afecta la estatura y probablemente la capacidad mental del adulto" (9).

1.3. Desocupación y subocupación

En la década de 1960, descendió el promedio de ocupación agrícola en América Latina. El campo ocupa un porcentaje decreciente de la población activa. Pero esta disminución no fue acompañada, en el transcurso de la década por un aumento correspondiente en la participación del empleo industrial, que permaneció estancado (10). La transferencia de mano de obra de las zonas rurales a la ciudades, se produce a un ritmo intenso; la tasa de incremento de la urbanización llega, en estos últimos tiempos, al cuatro y medio por ciento anual. Como el sector industrial no brinda ocupación a la mano de obra que llega del campo, ni tampoco ofrece oportunidades nuevas de empleo a las generaciones emergentes en las zonas urbanas, el crecimiento impetuoso de las ciudades da lugar a un aumento desproporcionado de la ocupación en los servicios improductivos y un aumento aun mayor de los contingentes de desocupados y sub-ocupados.

A diferencia de los modelos "clásicos" de desarrollo, el proceso de industrialización de América Latina no ha absorbido una proporción creciente de trabajadores a partir

de su empuje inicial. La industria manufacturera ocupaba en 1925 el 13.6 por ciento de la mano de obra activa. En 1965, cuarenta años después, cuando la industria era ya el eje de articulación de toda la estructura económica, ocupaba apenas el 14.2 por ciento. Y el dato cobra mayor gravedad, si se tiene en cuenta que dentro de este porcentaje sólo el 7.7 % corresponde realmente a la industria fabril y el 6.5 % restante a la artesanía. En América Latina, "cuanto mayor es el nivel de industrialización alcanzado por un país, menor es su capacidad de absorción de mano de obra adicional", afirma Furtado (11).

En 1960, la población desocupada y sub-ocupada constituía aproximadamente el cuarenta por ciento del total de la mano de obra latinoamericana activa; la población netamente desocupada llegaba al 27.4 por ciento. Estos son los últimos datos disponibles (12). La marginalización progresa a dos puntas, alimentada, por una parte, por el escaso desarrollo agrícola de la región en su conjunto, donde se producen sólo excepcionalmente procesos de reforma agraria eficaces y con la amplitud y profundidad necesarias; y por otra parte, por las deformaciones características del proceso de industrialización en América Latina. En las ciudades se genera una gran variedad de actividades marginales en las que se "deposita" mano de obra, empleada a bajísimos niveles de productividad.

2. EL MARCO GENERAL

En la historia del desarrollo del capitalismo, las depresiones cíclicas han provocado siempre la aparición de grandes "ejércitos de reserva" de obreros desocupados. Cuando el sistema se repone, reabsorbe estos contingentes de mano de obra en oferta. En un

(11) Celso Furtado y Andrea Maneschi, "Um modelo simulado de desenvolvimento e stangnação na America Latina", Revista Brasileira de Economia Nº 2, año 22, julio/1968.

(12) ILDES/CELADE, "Elementos para la elaboración de una política de desarrollo con integración para América Latina Síntesis y conclusiones", 1968, Santiago de Chile.

(9) Op. cit. en (2).

(10) Op. cit. en (1).

trabajo reciente, Aníbal Quijano Obregón demuestra que, en América Latina, la población marginal no es "de reserva", sino que es sobrante. El sistema no tiene ninguna posibilidad de incorporarla al proceso productivo (13). Quizás sea esta la contradicción más explosiva del capitalismo dependiente en A. Latina. El sistema se muestra impotente para proporcionar ocupación a una población que es bien escasa en relación al espacio que habita y a las potencialidades económicas de la región.

2.1. La industrialización dependiente y la estructura agraria

Las estructuras económico-sociales en vigencia no dan respuesta adecuada a los problemas dramáticos que plantea la existencia de una mano de obra "sobrante" que crece año en año, a los desequilibrios cada vez más agudos en la distribución del ingreso y a las precarias condiciones de vida de la mayoría de la población. El crecimiento industrial, desarrollado a partir de condiciones externas, fue generado por una matriz productiva de actividades agro-extractivas en situación de atraso secular, y no fue precedido, acompañado ni sucedido por cambios estructurales básicos. El desarrollo fabril ha acentuado la concentración geográfica y social de la riqueza y no ha alterado la función que América Latina tradicionalmente desempeña en el contexto internacional del sistema capitalista.

Según los datos de las Naciones Unidas ("Monthly Bulletin of Statistics"), la participación en América Latina en las exportaciones mundiales declinó del 11.9 % en 1950 al 5.5 % en 1969. Dentro del total de las exportaciones latinoamericanas, la proporción de manufacturas es casi insignificante; sólo representó el 7.5 % en 1968, y es preciso advertir que la cuarta parte de este reducido porcentaje comprende exportaciones intrazonales, que no afectan las tendencias del comercio en escala mundial (14). América La-

tina continúa participando del mercado internacional como proveedora de productos básicos, materias primas que son, en su mayoría, recursos no renovables. Las perspectivas de desarrollo industrial a largo plazo resultan de antemano hipotecadas por la evasión sistemática de nuestros recursos naturales al exterior.

Esta "función" internacional adjudicada a la región en su conjunto, y el carácter excluyente del proceso interno de industrialización, destinado a satisfacer la demanda de un mercado interno de proporciones limitadas, formado por los grupos de altos y medianos ingresos, explican en buena medida la inexistencia de procesos profundos de cambio en el medio agrícola.

El escaso desarrollo del sector agrícola provoca a su vez una insuficiencia de abastecimientos al mercado interno, agudiza los procesos inflacionarios, determina un estancamiento de las exportaciones y, sobre todo, provoca un desplazamiento masivo de fuerza de trabajo hacia los centros urbanos.

Las ciudades excitan y defraudan las expectativas de trabajo de la mano de obra desplazada por el latifundio de producción extensiva y el minifundio de frutos escasos. En los últimos años, la incapacidad del sector industrial para proporcionar empleo a los trabajadores rurales segregados y a la población urbana creciente marginal, se ha agudizado como consecuencia del proceso intenso de desnacionalización de la actividad manufacturera en América Latina. El imperialismo de nuestros días no impide el desarrollo industrial en ciertas áreas dependientes, sino que le fija límites (reservando para la metrópoli las líneas industriales más complejas, las de mayor nivel tecnológico, las de más alta productividad y las que producen la mayor acumulación de beneficios) y determina su orientación al apropiarse directamente de las fábricas o al controlar el desarrollo industrial de nuestros países por la vía de la hegemonía tecnológica y financiera.

En la década de 1960, en efecto, se ha acelerado agudamente el proceso del traspas-

(13) Aníbal Quijano, "Redefinición de la dependencia y proceso de marginalización en América Latina". (Preliminar). ILPES, junio de 1971, Santiago de Chile.

(14) Idem.

so a manos extranjeras de la industria latinoamericana, sobre todo en los tres países que concentran las manufacturas de más alto desarrollo en la región y que cuentan con los mercados internos de mayor poder adquisitivo: Argentina, Brasil y México. La desnacionalización se registra sobre todo en las industrias llamadas "dinámicas", que son las más importantes, y se opera paralelamente al deterioro de las industrias "tradicionales" (dedicadas a artículos de consumo inmediato, como alimentos, bebidas y vestidos) y a la inexorable decadencia del artesanado y de los niveles semi-fabriles de producción industrial. Por ambos motivos, el crecimiento no genera nuevas oportunidades de empleo: a diferencia del proceso de industrialización del mundo desarrollado, la industria latinoamericana utiliza desde temprano una tecnología compleja, destinada a aumentar la productividad y reducir el costo de la mano de obra. La industria latinoamericana, que ha dejado de ser latinoamericana e integra ahora una estructura extranjera de poder, no produce su propia tecnología, adaptada a las necesidades del medio, sino que importa la tecnología de los centros metropolitanos. Esta tecnología, cobrada a precios altísimos, agudiza la intensa descapitalización de América Latina y acrece sus nutridas deudas con el exterior. El trasplante de la tecnología tiene devastadoras consecuencias sobre el mercado de trabajo, porque opera dentro de un sistema que no está organizado para la satisfacción de las necesidades nacionales, sino para la extracción de ganancias con destino al extranjero. La mano de obra que encontraba cabida en el marco de la empresa "tradicio-

nal", pierde oportunidades de empleo; la extranjerización de la industria permite a los dominadores del sistema introducir procesos de producción que la revolución tecnológica brinda para reducir progresivamente el tiempo de trabajo socialmente necesario a la producción de valor (14).

2.2. El fortalecimiento de los medios de represión

La región proporciona materias primas baratas al mercado internacional y mano de obra barata a las inversiones extranjeras. Para que ambos cometidos puedan cumplirse a pesar de las contradicciones que desatan, y para perpetuar las desigualdades sociales que hacen posible el altísimo nivel de lujo y desperdicio de las clases dominantes, se hace necesario que el estado, como expresión de la voluntad de esas clases, fortalezca sus medios de represión sobre la sociedad en su conjunto. La policía se desarrolla y se moderniza y las fuerzas armadas se han convertido, en la mayor parte de los países latinoamericanos, en fuerzas internas de ocupación, al servicio de los intereses dominantes y como guardias pretorianas del orden establecido. Desde los Estados Unidos se proporciona la asistencia técnica y material a estos efectos. Y en la misma medida en que va adquiriendo tintes más violentos el enfrentamiento entre la mayoría desplazada y la minoría privilegiada dentro de cada país, menos existencia real va teniendo el sistema democrático que formalmente, y sólo formalmente, rige la vida de la mayoría de las sociedades latinoamericanas.

(14) Idem.

EL PORVENIR DE LA FE

Joseph Thomas

"Cuando el Hijo del Hombre regrese, ¿encontrará fe sobre la tierra?" Esta pregunta del evangelio de Lucas cuadra bien con la interrogación del mundo actual. Mejor así en forma cortante.

Por largo tiempo nos hemos dejado descen-
trar del problema verdadero. Hablamos de
crisis, mas evitamos medir su verdadero alcan-
ce. La percibimos superficialmente. Decimos
que la crisis de la fe es en parte un eco de
la crisis de mutación de la Sociedad. Repeti-
mos que en parte y principalmente es una cri-
sis querida y decidida conscientemente por el
Concilio Vaticano II. Estamos convencidos de
que la Iglesia no quiere adaptarse locamente
al gusto del día, sino buscar una fidelidad ca-
da vez más grande al evangelio, a su propia
misión.

Pero los cambios y las vacilaciones en la
Iglesia recubren otra crisis: una crisis de con-
fianza. Esta debía de ser más fácil en otras
épocas. La Iglesia inspiraba confianza. Se pre-
sentaba en todas partes idéntica a sí misma.
Se hacía y se decía lo que siempre se había
dicho. De aquí nacía un sentimiento de segu-
ridad que muchos identificaban con la fe.
Y consiguientemente se mostraba una docili-
dad no siempre exactamente del orden de
la "obediencia de la fe", del que nos ha-
bla San Pablo. La libertad que se identifica
con la fe, y cuya señal es, no tenía siempre
un lugar en esta docilidad pasiva. Pero todo
esto se ha evaporado ya. La confianza ya no

reina, ni en las relaciones con la autoridad
eclesiástica, ni en las relaciones entre cristia-
nos. Brotan partidos que mutuamente se tienen
por sospechosos. No se hace confianza a la
fe de nuestros hermanos; ni se comprende ya
su fe. Y todo no nos ocurrirá porque no tene-
mos confianza en la fe como tal?

Así llegamos al centro de la cuestión: es la
misma fe la que hoy está en cuestión. ¿Tiene
la fe cristiana un porvenir? Veamos ante todo
más claramente por qué y cómo se plantea
este problema, y entonces podremos proponer
una respuesta. Será exigente, pues el precio
pedido es una conversión en nuestro modo de
vivir y pensar nuestra fe.

LA PREGUNTA: No nos contentemos con
una seguridad barata. Podríamos amontonar
textos evangélicos reconfortantes. ¿Pero lo son
en realidad? El evangelio trae también pala-
bras amenazadoras para los discípulos de Je-
sús. Presenta exigencias que tal vez no las
hemos sabido justipreciar debidamente. No
podremos ver claramente la situación sino a
base de un análisis lúcido de la misma.

EVOLUCION SOCIAL: Hagámoslo primero
desde un ángulo sociológico. Tomada como
fenómeno social aparece la fe cristiana ausen-
te o casi ausente de regiones enteras. En con-
tinentes enteros se la ignora, persigue o peor
aún compromete. Y este compromiso puede
hacerse o bien con las supersticiones del me-
dio ambiente o con los poderes establecidos.
Estas zonas constituyen los centros de expan-

sión demográfica de la humanidad y mañana formarán los ejes centrales del desarrollo del mundo.

La situación no es más brillante en las zonas tradicionalmente cristianas. Han surgido continentes sociológicos de los cuales está ausente la Iglesia, como la masa obrera en Francia. Pero sobre todo hay total ruptura entre la unanimidad social de antaño y la actitud religiosa. En el pasado la unanimidad social era a la vez la causa y la consecuencia de una estrecha cohesión social. Esto era así para la familia, la ciudad, etc. Hoy en la civilización urbana las células sociales más estrechas se cuarteán. Una misma persona pertenece a una pluralidad de grupos. Cada uno debe asumir personalmente el desafío y correr, solo, los riesgos y las oportunidades ofrecidos a su libertad.

Es verdad que aún persisten conformismos pesados. Pero no ayudan a la vida cristiana. Para creer hace falta remar contra corriente, aceptar colocarse dentro de una minoría. Es un hecho. ¿Será una pérdida? ¿O más bien no está allí la oportunidad para llegar a la verdad de la fe? Puesto que no habrá fe verdadera si no hubiere una decisión de creer libre y personalmente. En el evangelio hallamos la expresión de esta verdad. Ninguna comunidad humana puede de por sí ser inmediatamente cristiana. No puede llegar a serlo y permanecer siéndolo sino por una conversión constantemente mantenida por cada uno de sus miembros.

EVOLUCION CULTURAL: El contexto social ha cambiado, pero es la evolución cultural la que presenta hoy más desafíos a la fe. Pues la cultura llega al interior mismo de nuestras concepciones sobre la vida y toca a nuestras estructuras mentales. Desde este punto de vista asistimos hoy a un desplazamiento de perspectivas que pueden cuartear el suelo sobre el que nació y crecía la fe.

Aquí nos fijaremos tan sólo en una dimensión de la cultura: lo técnico y lo científico. Simplificando, veámosla como una triple exigencia, que, compartida por una gran mayoría de la mentalidad contemporánea, afecta las

actitudes fundamentales del hombre y parecen volverlo impermeable a la fe.

RACIONALIDAD: Juzgamos sobre el porvenir a base del postulado de que todo puede ser racionalizado, objeto de una experiencia científica rigurosa. La objetividad científica es la única ética para muchos de nuestros contemporáneos. El instrumento matemático en progreso constante permitirá construir modelos cada vez más adaptables. Se reducirá la complejidad aparentemente insuperable de todos los fenómenos y no solamente de los físicos, sino también de los sociales y aún de los psicológicos.

Tal creencia es fascinante. Y tiende a eliminar del espíritu la categoría de 'misterio'. Ya no quedan sino ignorancias provisionarias, que algún día se volverán claridades. Y así, la mentalidad contemporánea se ha vuelto alérgica a toda idea de "verdad revelada", de verdad definitiva, recibida de lo alto, mientras que para ella la verdad es siempre provisoria, objeto de búsqueda sin aprioris y sin descanso.

¿Deben pues el misterio, la revelación ser considerados como restos animistas liquidables a corto plazo?

Puede ser que no. Pero en todo caso el creyente no puede librarse de una exigencia de llegar a una concepción más auténtica de la fe.

Porque la fe nace también de una experiencia. Experiencia de otro orden que la de la verdad científica, pero experiencia al fin. El hombre no puede quedarse en este campo como espectador. No es un sujeto frente a un objeto. Se halla frente a un dato enigmático que es su propia existencia. Se trata para él, como decía Ghandi de tentar una "experiencia con la Verdad". Se trata de la prueba que el hombre hace de su condición humana cuando consciente en ir hasta el fin y renuncia a engañarse. La fe nace de la experiencia del encuentro con Dios en el corazón mismo de la vida. Sin este momento de verdad, sin este encuentro, todos los discursos religiosos no son sino palabrería hueca y vacua.

Por lo demás la fe no es sobre todo la "aceptación de verdades reveladas", así en plural. Los evangelios nos reenvían a uno que es la Verdad, que es el Hombre integral manifestado por fin en toda su verdad, sin falsía, sin triquiñuela, sin límites. En la fe no coleccionamos verdades abstractas. Nos adherimos a alguien. Participamos de su experiencia. Alguien para nuestra mirada de creyentes sirve de autoridad en cuanto al Sentido de la existencia humana. Lo más importante no está en la adhesión a las verdades de la fe, sino más bien mantenerse en la verdad de la fe. Y esta verdad se la verifica en toda la vida.

EFICACIA: Igual acaece con la segunda exigencia del espíritu industrial: la exigencia de eficacia.

¿En qué consiste? Es voluntad de hacer de modo efectivo; rechazo de quedarse con las solas ideas, proyectos, palabras; decisión concreta de traducirlas en hechos. De modo derivado y a veces degradado es voluntad de racionalizar los medios en vista de objetivos por alcanzar. Nacen así el rendimiento, la productividad: hacer más, gastando menos.

El riesgo está aquí en llegar a perder el sentido de gratuidad. Muchas veces todo se reduce a un pragmatismo a corto plazo, a un utilitarismo sórdido: ¿cuánto reportará esto? ¿De qué sirve? Pero, aun bajo formas menos brutales es evidente que esta actitud afecta gravemente la posibilidad de creer. ¿De qué sirve la fe? Pues la fe es una respuesta absolutamente gratuita. Es la decisión de responder por la gratuidad de un amor desinteresado a la evidencia de la gratuidad del amor de Dios por el hombre y el mundo.

Siempre estamos tentados de hacer de la fe un saber abstracto, una teoría admitida de una vez para siempre. Pero esto no sería la fe. Si no "funciona", si no llega a ser un principio de realización, será pronto algo viejo, desacostumbrado, muerto. La fe es una **PRAXIS**. Para que sea creíble tiene que mostrarse operacional en toda la vida. Y así llegamos a las exigencias del evangelio. Más que ningún otro, Cristo condenó a aquellos que dicen y no hacen. El mismo es la Palabra

de Dios. Pero esta Palabra no es una declaración verbal. Es una autoafirmación concreta. Es la vida que surge triunfalmente de la muerte. La fe es una vida, es la victoria sobre todas las fuerzas de la muerte, del anquilosamiento, del envejecimiento.

PROYECCION. Abre una perspectiva nueva sobre el porvenir. Y aquí es, en el mundo de la mentalidad moderna, en donde parece surgir la dificultad más formidable contra la fe. Lo que cuenta es el presente, el porvenir. Los hombres viven más y más en permanente anticipación, atados a proyectos, tendidos hacia exigencias precisas. De lo que resulta una ruptura crecientemente grave con un pasado que no interesa ya, y que se imagina falsamente abolida del todo. Nace así una nueva forma de alienación: en esta huída hacia adelante, en esta deportación al futuro, el objetivo buscado moviliza a tal punto las energías humanas que ya no hay ni gusto, ni tiempo, ni medios para interrogarse: ¿para qué?

Pero si la pregunta sobre el Sentido no se plantea, si se elimina toda interrogación sobre el valor y la significación de la búsqueda, si se queda encerrado en un horizonte siempre recolocado más lejos, no se planteará nunca la pregunta de la fe. ¿Cómo admitir entonces que acontecimientos definitivos para la vida del hombre pudieran haber ocurrido hace tanto tiempo, bajo Poncio Pilato? ¿Jesucristo? Se lo permitirá a los más hacerle un lugar en el folklore internacional.

Nos hallamos aquí con el obstáculo más serio para el porvenir de la fe. Pues no basta como en los casos precedentes con apelar a una simple purificación de la fe, de nuestro modo de creer. No basta con recordar las exigencias del evangelio. Hay que innovar. Hay que romper —tal vez— con actitudes y hábitos tenaces de pensar y de vivir. Instintivamente retrocedemos ante tal perspectiva. Mas es el precio para asegurar el porvenir de la fe.

LA RESPUESTA: El porvenir de la fe está en las manos de Dios, pero también en las

nuestras. Está atado a ciertas condiciones. La primera, el que aceptemos descubrir una dimensión esencial, no bastantemente percibida, desarrollada de nuestra fe.

CAMBIO DE PERSPECTIVA: El lugar predominante dado hoy al porvenir, entraña un desplazamiento en la manera de plantear en nuestros días el problema de Dios.

Antes la interrogación fundamental del hombre partía de su origen. La pregunta que se hacía el hombre sobre sí mismo y el mundo-en-torno era la de Heidegger: "¿Por qué hay algo, en vez de nada?" Pregunta buena, aún actual y a partir de la cual emergía Dios a la vista. Pero al hombre de hoy, se le hace difícil pensar en el origen, sin imaginarse a la vez como algo era **ANTES**. Pues el hombre se halla arrojado sobre un mundo preexistente. En él y en su entorno halla el hombre un orden establecido. Para él Dios es aquél que era **ANTES**.

De aquí se posibilitan dos actitudes: o bien el hombre acepta depender y meterse en un sistema de leyes y entredichos, pues la fe verdadera será también en parte la aceptación de una dependencia, aunque ciertas formas de esta dependencia resultan tan ambiguas y corren el riesgo de desfigurarnos el rostro de Dios, o bien el hombre rechaza este dios de allá, este Dios relegado en un **ANTES**. Y aquí está el punto común de los ateísmos del siglo pasado que para una buena parte de la humanidad son la expresión del ateísmo de nuestro tiempo: el de Marx que rechaza la pregunta sobre el origen-comienzo. Denuncia así el carácter ilusorio de tal interrogación para invitar al hombre a volver su mirada hacia el porvenir de la humanidad por llevarse a cabo. Aquél de Freud que ve en el origen menos una continuidad reconocible, cuanto una ruptura por asumir. Aquél de Nietzsche al analizar su tiempo como el fin de una época.

LA PREGUNTA NUEVA: La cuestión del origen es siempre valedera. Pero hoy está oscurecida por otras interrogaciones. Ha sido relegada a un orden secundario. Al hombre se le plantean hoy otras preguntas, problemas

angustiosos.

Se sintetizan en el porvenir del hombre. Nace de una contradicción cada vez más clara en nuestra conciencia. De una parte el poder del hombre sobre el hombre ha crecido inmensamente. No solamente un poder indirecto como las transformaciones del medio ambiente, cambio de condiciones de vida y de trabajo, sino también un poder directo: las ciencias ya no son contemplativas, sino más y más operacionales. Abren posibilidades de acción sobre el hombre, tomado en su ser individual, con la psicología y la biología y sobre su ser colectivo, por la psicología social, la sociología, la economía, la política. El hombre pretende que puede prácticamente tomar entre manos su propio destino y llegar a ser el creador del hombre.

Pero frente al acrecentamiento enorme de este poder, va creciendo la inseguridad. ¿Qué porvenir es el más deseable? Hoy esta pregunta capital se queda sin una respuesta cierta. En el pasado la educación podía trabajar sobre modelos bien definidos. Se trataba solamente de preparar la integración de las nuevas generaciones en un cierto tipo de sociedad bien conocido. Hoy los proyectos se hacen más vagos. Hay modelos, quizás en número antes desconocido, pero nadie sabe cuál sea el verdadero.

Surge entonces una pregunta nueva: no se trata tanto de saber por qué existe el hombre, sino más bien para qué, por qué finalidad seguir desarrollándose. ¿Qué porvenir es el más deseable? ¿Cuál es el camino recto, cual la visión correcta sobre el hombre del mañana? Este interrogante colorea nuestra civilización entera de un sentimiento de inseguridad fundamental. Una humanidad orgullosa de sus proezas técnicas vive en el miedo. A través de esta inquietud se puede proponer hoy la cuestión de Dios, la cuestión de la fe.

LA FE HOY: Somos preguntados como cristianos y no nos bastan las respuestas de antes

Hay que recomenzar a comprender. La fe no es el conocimiento de realidades extrañas

al hombre y a su destino. Este es el punto central de la perspectiva a la cual hay que retornar, si queremos descifrar el enigma del hombre, del de ayer, como del de mañana. Y este centro es la comprensión, fundamentada sobre la participación del misterio de Cristo. A partir de él podremos discernir el SENTIDO del hombre, identificar el CAMINO verdadero que le lleva, en la comunión con Dios, a la plena realización de sí mismo. Este camino es simple. Hay que regresar continuamente a lo que él tiene de más elemental. Como Cristo hay que aceptar que el sentido verdadero de la vida no se encuentra sino en el consentir en dar la vida por los otros. Entonces por el mismo movimiento se halla la apertura a la vida de Dios. Alrededor de este nudo hay que recentrar constantemente la fe.

Para esto nos hace falta recomenzar cada día a creer. Y la fe tendrá un porvenir si llega a ser, a la vez, fe en Dios y fe en el porvenir. Es necesario descubrir que las dos coinciden.

DIOS COMO PORVENIR: El futuro al que constantemente estamos expuestos no admite huida de nuestra parte, y exige de nosotros que lo dominemos y sometamos. No solamente en el orden de los proyectos siempre pasajeros. No solamente a largo plazo, frente a todo lo desconocido del mañana. Sino en todo momento, en cada instante de la existencia humana. Vivimos apoyados sobre lo desconocido que viene. ¿Cuál será su figura?

¿Qué garantía tenemos de que llegará? Se puede siempre engañar y hacer como si lo desconocido no existiera. Las formas de este engaño son innumerables. Muestran la presencia en el corazón del hombre de una inseguridad radical y más sencillamente del miedo. Para muchos a quienes el futuro no trae inseguridad material, este miedo entraña la falta de gusto por vivir, de audacia y valentía para existir.

Y aquí es en donde la fe cristiana se puede enriquecer hoy de una dimensión demasiado olvidada. Para nosotros, Dios es el porvenir del hombre. Ante todo es para nosotros 'aquél que viene'. Nos llama y nos espera escondido en lo desconocido del porvenir. Dios de ayer, Dios de hoy, pero también Dios de mañana, Dios sobre todo en este movimiento hacia ADELANTE. Más allá de toda representación, a todo instante, en una gratuidad absoluta Dios se nos da, al darnos a nosotros mismos.

Creer es salir de uno mismo para ir al encuentro de aquél que viene. Creer es vivir en la audacia y también en la confianza.

El mundo está a la vez fascinado y aterrado por lo porvenir. Pero el encuentro del porvenir es el encuentro con Dios. Y en esta dirección debe orientarse nuestra fe. En medio de un mundo inquieto, inseguro, la fe será el humilde y cotidiano "coraje de existir" (Paul Tillich). Entonces será la fe del mundo que viene.

LA IGLESIA Y EL PROBLEMA RACIAL EN A. L.

La "contestación" en A. L. contra la explotación imperialista que el continente padece, quizá, con mala conciencia, ha olvidado la iteración del esquema opresivo en relación con las minorías étnicas en su interior.

El "Documento de Asunción", como la conferencia de prensa de Mons. Samuel Ruiz, Presidente del Departamento de Misiones del CELAM, pueden ser un índice de que en los hombres de Iglesia comienza a perfilarse una nueva actitud respetuosa de valores culturales que no son los nuestros.

Ante los hechos abusivos acaecidos en Colombia (junio 1972), Brasil, Perú, etc. que atropellan las poblaciones aborígenes, como carentes de derechos, esta actitud de la Iglesia se convierte en profética.

I. DOCUMENTO DE ASUNCION

Bajo los auspicios del Consejo Mundial de Iglesias y su Programa para combatir el Racismo, UNELAM (Movimiento pro Unidad Evangélica Latinoamericana) convocó a una consulta de personas comprometidas en el trabajo misionero y en el servicio a las comunidades indígenas de América Latina para intercambiar experiencias y cuestionarse sobre la misión de la Iglesia entre los indígenas, teniendo en cuenta la Declaración de Barbados. En esta consulta, celebrada en Asunción del 7 al 10 de marzo de 1972, participaron miembros de las Iglesias católica y evangélicas, proveniente de varios países del continente.

1. Iglesia y misión

La misión es la propia razón de ser de la Iglesia; Iglesia y misión son sinónimos. Reconocemos el mandato primordial de Cristo (Mt. 28, 18) de, en su nombre, ir a predicar el Evangelio a toda criatura. Pero como "sin duda hay muchos idiomas en el mundo y todos tienen sentido" (I Cor. 14, 10), tarea primera y principal de auténtica misión de la Iglesia es descubrir la presencia de Dios Salvador en todo pueblo y cultura, como lugar donde se encarna el Evangelio de Cristo, *Evangelio que es, también juicio de todo aquello que deshumaniza y destruye al hombre.*

La obra de Cristo posibilita el acceso de los hombres a su plenitud; en efecto, el Evangelio se cumple cuando "se trae la Buena Nueva a los pobres, se anuncia a los cautivos su libertad, y se devuelve la luz a los ciegos; se pone en libertad a los oprimidos y se proclama el año de la gracia del Señor"

(Lc. 4, 18).

Por nuestra obediencia a Cristo debemos "hacernos judíos con los judíos, sin ley con los sin ley" (I Cor. 9, 20-21), y por tanto, indígenas con los indígenas. Esto nos llevará, a veces, a tener que dar un testimonio silencioso de Cristo, cuando por circunstancias históricas concretas, el cristianismo se identifica con estructuras de opresión que han hecho que el nombre de Cristo sea blasfemado; en otros casos nos impedirá proclamar con voz de denuncia, en palabra y en vida, que Cristo es justicia y amor para todos, sin discriminación. La iglesia, signo de salvación y fermento en el mundo, no es refugio de los salvados, sino comunidad de hermanos en el amor de Cristo para servir al mundo.

2. Misión y colonialismo

Reconocemos que nuestras Iglesias más de una vez, han sido solidarias o instrumentalizadas por ideologías y prácticas opresoras del hombre, de manera que 'de hecho, como dice la Escritura, los demás pueblos desprecian el nombre de Dios por culpa de ustedes' (Rom. 2, 24).

A pesar de acciones concretas de defensa tenaz y a veces arriesgada, en favor de grupos indígenas, reconocemos que, históricamente, nuestras Iglesias no han sido capaces de impregnar las sociedades latinoamericanas con un amor cristiano liberador, sin discriminación de raza, credo o cultura.

Sin embargo, esta confesión de las fallas y errores en las actividades misioneras no nos lleva a la conclusión de que se tenga que poner fin a toda actividad misionera, como

lo afirma la Declaración de Barbados.

Tarea de la Iglesia en su misión entre los indígenas será, primordialmente:

a) abandonar toda ideología o práctica connivente con cualquier clase de opresión, tanto más si se apoya en motivos religiosos y pretende justificarse "en el nombre del Señor";

b) denunciar con espíritu de verdad, no sólo con palabras, sino principalmente con hechos, los casos de explotación de nuestras sociedades nacionales y de nuestras mismas iglesias, aunque se llegue a la denuncia concreta de personas e instituciones;

c) proclamar con confianza en el Espíritu Santo el Evangelio de Cristo que es esencial para la liberación plena del indígena, y que liberará a la Iglesia, siempre de nuevo, para un testimonio auténtico.

Estamos seguros que, de actuar así, muchas divisiones que separan a las Iglesias y a los cristianos desaparecerán en una única misión de liberación integralmente humana y profundamente cristiana.

3. *Iglesia y discriminación racial*

A pesar de que bajo múltiples formas se haya querido ocultar o negar la discriminación racial en América Latina, tenemos que admitir la existencia del racismo que se manifiesta de innumerables maneras, entre las cuales cabe señalar:

a) la legislación todavía vigente en algunos países es una legislación discriminatoria y aún abiertamente racista. En otros países en que la legislación no es racista, las situaciones, de hecho, convierten en letra muerta dicha legislación (posesión de tierras, defensa de los derechos indígenas, documentación civil, etc.)

b) la enajenación de las tierras de los indígenas, como supuestas tierras de nadie, arrebatadas por procedimientos que van desde el engaño hasta la violencia y aún el genocidio;

c) la administración de cuestiones indígenas se ejerce bajo formas paternalistas y hasta conminatorias que originan una explotación, la dependencia y el miedo en el indígena.

En muchos casos la Iglesia no ha sido ajena a estas prácticas en las cuales criterios racistas han suplantado al criterio del Evangelio.

4. *Misión de la Iglesia*

Creemos que las Iglesias en el momento actual deben entrar en un franco diálogo acerca de situaciones culturales de los indígenas, problemas de fricción inter-étnica, discriminaciones raciales, explotación de tierras, explotaciones salariales, etc.

En este diálogo ya no pueden faltar los mismos indígenas ni sus organizaciones como principales agentes que son de su propio destino.

También se debe contar con la participación crítica de los especialistas en las ciencias del hombre. Así mismo la Iglesia debe recurrir a equipos técnicos que realicen estudios de evaluación de sus programas y de factibilidad para nuevas áreas de trabajo.

Las Iglesias no deben temer el apoyar decididamente la formación de organizaciones propiamente indígenas. Además con su fuerza moral deben empeñarse en difundir a través de los medios masivos de comunicación la imagen del indígena sujeto de derechos inalienables.

Compete a los organismos ecuménicos nacionales y continentales incentivar encuentros entre las entidades latinoamericanas que luchan contra el racismo y/o en favor de los indígenas, a nivel nacional o regional; recoger y divulgar informaciones, así como realizar estudios e investigaciones sobre situaciones de la realidad indígena, principalmente aquellas referentes a fricciones inter-étnicas y valores religiosos autóctonos sin ideologizarlos ni aceptarlos idílicamente.

Especialmente recomendamos que con la experiencia de esta Consulta, se realicen otras consultas, a nivel nacional o regional entre representantes de las distintas Iglesias, en las cuales se continúe el análisis de la realidad indígena y de las situaciones conflictivas en la actividad misionera, como base para una actuación responsable.

Asunción del Paraguay

10 de Marzo de 1972

La forma de trabajar en regiones indígenas no es fácil. En los primeros años de permanencia en mi diócesis, miraba el problema en una forma muy sencilla; bastaba poner zapatos a la gente descalza, enseñar "cartilla", intensificar un poco los métodos primitivos de agricultura... y el problema estaría resuelto. Pero, sobre todo, cuando platicué con el Vicario General de la Diócesis —que es una potencia en historia— supe que eso mismo ya se les había ocurrido a muchos antes y, sin embargo, el problema seguía en pie. Era esto un signo evidente de que el problema tenía implicaciones más profundas.

A medida que entré en contacto con los indígenas, *empecé a notar que había un mundo de distancia entre ellos y nosotros, que el problema tenía implicaciones muy hondas*. A través del indígena, gracias a Dios, he empezado a percibir un poco más lo que significa el enfoque del Concilio Vaticano II. A pesar de haber estado presente en él, no creo que en un principio haya podido percibir los nuevos virajes que en la Iglesia se exigían. Permítaseme transmitir en forma vivencial cómo he llegado a esta situación.

El Dr. Luis González aquí presente recordará que fuimos invitados a Melgar, en Colombia, a una reunión misionera. Empezó ésta con un análisis antropológico de la situación del indígena latinoamericano. Me inquietaban por aquel entonces dos o tres preguntas pastorales y regresé con noventa y nueve más.

Con una sinceridad profunda el antropólogo Dolmatoff nos expuso su pensamiento sobre la acción misionera en las diferentes situaciones culturales latinoamericanas. Con cautela, pero con claridad, se pronunció denunciando el atropello cultural cometido por los misioneros.

Se me ocurrió entonces hacer una pregunta: ¿Hay en las culturas elementos secundarios y elementos esenciales? La respuesta fue afirmativa: en toda cultura hay cosas accidentales y cosas sustanciales. Se im-

ponía otra pregunta: ¿La religión, la religiosidad en las culturas indígenas es algo periférico a la cultura, o es algo sustancial a ella? Y la respuesta clara y tajante fue: la religión es algo totalmente fundamental en las culturas indígenas.

Fue aquí donde se planteó el problema: como misioneros lo que tratamos de hacer es que la religión mitológica desaparezca y que estos grupos humanos se hagan cristianos, es decir, *básicamente lo que queremos es quitar la religión, que es esencial en la cultura*. Este grave problema de la Evangelización surge de tomar conciencia del grande respeto que es necesario tener a la cultura.

No hace mucho un grupo antropológico, en el documento de reunión de Barbados, hizo una crítica bastante fuerte de la acción misionera, de la que tal vez podemos defendernos con cierta agresividad; pero leído con tranquilidad y mirando que las cosas ahí son llamadas por su propio nombre, tenemos que aceptar globalmente varias de las cosas que se critican a la acción misionera.

Hemos de reconocer que teníamos un punto de partida que ya es trágico para las culturas indígenas. En efecto, estas culturas tienen una religión mitológica, pagana y, por lo mismo la posición del misionero es la de destruirla, sustituyéndola por el mensaje cristiano.

Pero aquí cabe el reflexionar: todo hombre tiene una dignidad tal que, aunque sea un criminal, debe ser respetado y no se le puede tratar indignamente, como por ejemplo, torturándolo.

Ahora bien, la cultura (que es resultado de la actividad humana y la respuesta a las interrogantes que, proviniendo del medio ambiente, de la relación con los hermanos con quienes convive y del más allá como quiera que lo llamen, son transmitidas por todo grupo cultural de una generación a otra), *debe ser respetada con mayor razón que la dignidad personal, por ser la cultura el resultado de la actividad vital del hombre y*

La forma de trabajar en regiones indígenas no es fácil. En los primeros años de permanencia en mi diócesis, miraba el problema en una forma muy sencilla; bastaba poner zapatos a la gente descalza, enseñar "cartilla", intensificar un poco los métodos primitivos de agricultura... y el problema estaría resuelto. Pero, sobre todo, cuando platicué con el Vicario General de la Diócesis —que es una potencia en historia— supe que eso mismo ya se les había ocurrido a muchos antes y, sin embargo, el problema seguía en pie. Era esto un signo evidente de que el problema tenía implicaciones más profundas.

A medida que entré en contacto con los indígenas, *empecé a notar que había un mundo de distancia entre ellos y nosotros, que el problema tenía implicaciones muy hondas*. A través del indígena, gracias a Dios, he empezado a percibir un poco más lo que significa el enfoque del Concilio Vaticano II. A pesar de haber estado presente en él, no creo que en un principio haya podido percibir los nuevos virajes que en la Iglesia se exigían. Permítaseme transmitir en forma vivencial cómo he llegado a esta situación.

El Dr. Luis González aquí presente recordará que fuimos invitados a Melgar, en Colombia, a una reunión misionera. Empezó ésta con un análisis antropológico de la situación del indígena latinoamericano. Me inquietaban por aquel entonces dos o tres preguntas pastorales y regresé con noventa y nueve más.

Con una sinceridad profunda el antropólogo Dolmatoff nos expuso su pensamiento sobre la acción misionera en las diferentes situaciones culturales latinoamericanas. Con cautela, pero con claridad, se pronunció denunciando el atropello cultural cometido por los misioneros.

Se me ocurrió entonces hacer una pregunta: ¿Hay en las culturas elementos secundarios y elementos esenciales? La respuesta fue afirmativa: en toda cultura hay cosas accidentales y cosas sustanciales. Se im-

ponía otra pregunta: ¿La religión, la religiosidad en las culturas indígenas es algo periférico a la cultura, o es algo sustancial a ella? Y la respuesta clara y tajante fue: la religión es algo totalmente fundamental en las culturas indígenas.

Fue aquí donde se planteó el problema: como misioneros lo que tratamos de hacer es que la religión mitológica desaparezca y que estos grupos humanos se hagan cristianos, es decir, *básicamente lo que queremos es quitar la religión, que es esencial en la cultura*. Este grave problema de la Evangelización surge de tomar conciencia del grande respeto que es necesario tener a la cultura.

No hace mucho un grupo antropológico, en el documento de reunión de Barbados, hizo una crítica bastante fuerte de la acción misionera, de la que tal vez podemos defendernos con cierta agresividad; pero leído con tranquilidad y mirando que las cosas ahí son llamadas por su propio nombre, tenemos que aceptar globalmente varias de las cosas que se critican a la acción misionera.

Hemos de reconocer que teníamos un punto de partida que ya es trágico para las culturas indígenas. En efecto, estas culturas tienen una religión mitológica, pagana y, por lo mismo la posición del misionero es la de destruirla, sustituyéndola por el mensaje cristiano.

Pero aquí cabe el reflexionar: todo hombre tiene una dignidad tal que, aunque sea un criminal, debe ser respetado y no se le puede tratar indignamente, como por ejemplo, torturándolo.

Ahora bien, la cultura (que es resultado de la actividad humana y la respuesta a las interrogantes que, proviniendo del medio ambiente, de la relación con los hermanos con quienes convive y del más allá como quiera que lo llamen, son transmitidas por todo grupo cultural de una generación a otra), *debe ser respetada con mayor razón que la dignidad personal, por ser la cultura el resultado de la actividad vital del hombre y*

de convivencia. Hay aquí una seria encrucijada: si tenemos el mandato de misionar, esto es, de transformar estas culturas en cristianas, ¿cómo ha de procederse?

Tenemos que aceptar que muy generalmente *la acción misionera no ha tomado en consideración, ni siquiera en forma superficial, las situaciones culturales*. Un rápido ejemplo nos dará idea de lo que quiero decir:

En una cultura hay factores diversos como, por ejemplo, la vivienda, las leyes, el arte, la filosofía, la magia, el lenguaje, la religión, el vestido, los funerales, la obtención del alimento. Cada uno de estos factores y otros más con los cuales *pudiéramos hacer una radiografía de una cultura*, tienen entre sí una relación muy diferente en cada cultura de donde depende la fisonomía que le es propia; así como de manera similar cada persona tiene sus propios rasgos fisonómicos que impiden sea confundida con otra.

La vivienda puede tener relación con el arte, con la filosofía y el lenguaje; la religión puede tener relación con las leyes y los funerales y estos, a su vez tener relación con la magia; el vestido puede tener relación con las leyes y con la religión; el arte puede tener relación con la magia...; así podemos descubrir otra serie de relaciones examinando cada cultura.

Lo que ordinariamente ha sucedido es que un misionero que llega a una cultura, suponamos, de tipo selvática o primitiva, lo primero que piensa —con criterios etnocéntricos— es cómo modificar las cosas que mira superficialmente. En este grupo humano la gente vive completamente desnuda; pues el misionero, guiado por un criterio etnocéntrico y moralista, desde el ángulo occidental en que está colocado, piensa que aquello es intrínsecamente inmoral y que es necesario vestir a aquellas gentes, sin haber conocido previamente qué relación guarda el factor “vestido” con otros factores dentro de aquella cultura.

Al vestir al desnudo causa una reacción en cadena que desarticula la cultura; el in-

dígena acepta por presión o por interés, el donativo de vestidos, pero no tiene los medios para procurárselos y así vegeta con aquél vestido toda la vida, convirtiéndose en fuente de enfermedades trágicas; pero, además, en la tribu a que me estoy refiriendo, el tatuaje tiene una función muy especial dentro de la cultura; es una manera de comunicación, es un lenguaje.

La mujer, al colocarse en la puerta de su casa con un tatuaje especial, no necesita decir una palabra a su esposo; este mirándola desde lejos y notando su tatuaje capta el mensaje: “se me acabó la comida, necesitas ir con el rifle y con las redes a pescar y a cazar”. El hombre toma su rifle y su red y se va de pesca y de cacería para traer el alimento necesario. Vino el misionero, le puso vestido a esa tribu y destruyó un valor fundamental y básico en la cultura.

Alguien que quiera meter mano a un aparato electrónico que tenga algún desperfecto y que no conozca la electrónica, lo más seguro es que terminará por arruinar más el aparato. Lo más seguro es que alguien que no conoce una cultura y que introduce en ella ciertos cambios, introduce con ellos destrucción de valores. Eso es lo que generalmente ha sucedido.

Otro problema es el del sincretismo religioso que se da en las culturas indígenas que han tenido contacto con el cristianismo. La única explicación que cabe es que *la evangelización ha marchado sin una confrontación siquiera con los valores religiosos de la cultura dada*. Se ha hecho lo que podríamos llamar una religión de “sandwich”, una imposición de una capa de ideas cristianas que, no habiendo sido confrontadas con la mitología, dan a la religiosidad mitológica la oportunidad de tener un nuevo vestido con qué manifestarse, o bien son asimiladas por la mitología, convirtiéndose en parte del propio sistema; pero no hemos llegado a una verdadera evangelización. El punto de partida tendrá que ser, por tanto, totalmente diferente, y es aquí donde el Concilio Vaticano II, en especial en el Documento Ad

Gentes —el Documento de las Misiones— nos da la respuesta.

Se parte de una idea que no es nueva, sino totalmente antigua, a saber: la verdad de que Dios quiere y ha querido siempre de modo eficaz la salvación de todos los hombres. Si ha querido la salvación de todos los hombres, quiere decir que a esto responde la posibilidad real en cada hombre y en cada grupo humano, de encontrar la salvación.

Así, pues, no solamente en la Iglesia-Institución se da la gracia salvífica; sino que *hay una acción de Dios anterior a la existencia de la Iglesia y a la acción de cualquier misionero*, hay una acción salvífica de Dios, presente en todas las culturas y en todos los grupos humanos: sea esto aún en el caso del ateo —como lo subraya el Documento *Gaudium et Spes*—, sea en el caso de las religiones no cristianas, como en el catolicismo, donde podemos hablar de una conciencia plena de la plenitud de medios salvíficos y, al mismo tiempo, de una destinación para iluminar a todos los hombres a que tomen conciencia que en su propia situación cultural hay una acción salvífica y una presencia de Dios.

Cambia totalmente con esto el panorama de lo que significa la acción misionera al considerar que antes de que llegue yo como misionero a un grupo determinado, existe una acción de Dios previa a mi acción misionera.

Por lo mismo, *mi tarea primordial tiene que ser la de investigar antropológicamente lo que Dios está haciendo ya en aquella cultura*, cuál es su palabra, cuál es su acción salvífica o como lo llaman los Padres Griegos (y esta indicación la recoge el Concilio) cuál es la “semilla del Verbo” presente y actuante en aquella cultura.

El Documento *Ad Gentes* nos habla de dos tipos de valores dentro de una cultura en el aspecto religioso: 1. valores preparatorios para el cristianismo y 2. valores que ya son implícitamente salvíficos.

Pero, al mismo tiempo, se nos descubre que hay dos posibilidades, dos vertientes de

la acción misionera: una, en línea de respeto a la pedagogía que Dios haya desarrollado en una cultura determinada, que consistirá en hacer que aquellos hombres vivan en plenitud y con sinceridad su propia religiosidad natural, porque ahí está su camino salvífico: *otra acción misionera es la que tiene que hacer que estos grupos humanos reciban la iluminación de la fe y descubran a Cristo presente y actuante en ellos y se conviertan a la Iglesia-institución para ser, a su vez, también ellos fuerza iluminadora en el mundo.*

Termino resumiendo. La acción misionera tendría estos pasos concretos que no son forzosamente cronológicos:

1. *Una investigación de las culturas bajo el ángulo antropológico*, pero hecha por motivos teológicos por parte del misionero, pues se trata de un descubrimiento de Dios, de su palabra y de su actividad salvífica, dentro de un grupo humano determinado.

2. *Una reflexión teológica sobre los valores ético-religiosos* que se encuentran en aquella cultura para descubrir los gérmenes del Verbo presente y actuante en aquella cultura determinada.

3. *La acción encarnativa del misionero que se hace uno de ellos para penetrar en la cultura*, no con objeto de dominio, sino de descubrimiento de la presencia de Dios, haciéndose, para esto, un miembro más de aquel grupo humano a donde es enviado.

Esto exige del misionero el ser testimonio vivo con su propia acción, *testimonio que debe ser reflejo de una purificación de una Iglesia misionera* que envía a aquel hombre; de otra suerte sería la acción de un hombre aislado y no la de un hombre enviado.

5. Tiene que haber, por lo mismo, una acción misionera de purificación interna dentro de la Iglesia, que se libera a sí misma de todo antitestimonio que sería óbice, obstáculo para la acción misionera.

El mensaje cristiano será entonces formulado dentro de los valores del hombre que vive en esa cultura determinada y surgirá así lo que llamamos una Iglesia encarnada, una Iglesia autóctona.

BOLIVIA: TENSION ENTRE IGLESIA Y GOBIERNO

Después de la contrarrevolución de agosto de 1971, Bolivia desapareció como noticia en la prensa. Sin embargo se vive en su interior un proceso social muy intenso. Como signo de ello estos documentos que expresan los conflictos entre la Iglesia y el gobierno del Coronel Banzer que han sacudido la opinión pública de Bolivia.

Precisamente en un país donde la Jerarquía eclesiástica tuvo sus conflictos con los sacerdotes, religiosos y laicos más comprometidos en un proceso revolucionario, antes del 19 de agosto de 1971, la tensión que existe entre la Iglesia y el Gobierno puede servir de parámetro para calibrar el proceso social involutivo. También, por la intromisión de otros países que tienen sus intereses en el territorio boliviano, ese proceso se convierte en una llamada de atención. En esa tensión se advierte por parte del Gobierno el uso del simplismo, de los estereotipos culturales, como el propósito divisionista y su aversión a una Iglesia que se ha expresado en Medellín.

I ALLANAMIENTO DE LA PRELATURA DE COROCORO

CARTA DEL OBISPO AL MINISTRO DEL INTERIOR

Excelentísimo Señor Ministro:

El día de ayer, domingo 9 de abril, a las 5:30 de la tarde fue allanada la residencia Episcopal y las oficinas de la Prelatura de Corocoro por cuatro agentes del Ministerio del Interior.

Este hecho lamentable e injusto, según declaración personal de los agentes enviados, ha sido ordenado por usted señor Ministro, para defender a Bolivia y a la propia Iglesia de sus enemigos infiltrados...

El 2 de octubre de 1971 y bajo los mismos absurdos pretextos de encontrar armas y refugiados políticos, mis dependencias fueron igualmente allanadas por orden del mismo Ministerio.

Esta circunstancia, consciente e intencionada como pude comprobar de la conversación con los agentes, impone el máximo de gravedad a un hecho insólito en la historia convulsionada de Bolivia.

Un hecho semejante, señor Ministro, sólo es concebible en aquellos regímenes totalitarios y en aquellas ideologías antirreligiosas que ustedes dicen combatir. Protesto pues con toda la fuerza que es posible poner en mis palabras y antes que las palabras pierdan todo su valor.

He de lamentar que no se haya cumplido la palabra empeñada por ese Ministerio el día 3 de octubre, según la cual estos hechos no volverían a repetirse. Promesas semejantes fueron hechas al Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal de Bolivia, presidida por su Emcia. el Cardenal Maurer, igualmente incumplidas.

Nada tengo que ocultar en mi casa y oficinas, señor Ministro, que no puedan ver los agentes del Ministerio del Interior y cualquier persona sanamente intencionada. El hecho, empero, tiene una clara significación social y política que descubre con precisión objetiva, las fronteras en

donde nos encontramos.

Una simple y anónima denuncia puede llevar a violaciones, más allá de lo que permite la Constitución Política del Estado, de casas particulares, conventos y monasterios, Iglesias, Obispos...

Los detenidos, en una gran mayoría, ignoran a sus acusadores, los motivos de su detención y las pruebas del delito. Los juicios, si existen, no se hacen públicos. De estos hechos y este clima, se puede pasar fácilmente a la tortura moral y física para arrancar confesiones de delitos que no existen, o a delaciones inmorales porque se oprime la libertad y al hombre.

El Estado tiene derecho a garantizar su seguridad política y la tranquilidad de los ciudadanos. Pero ningún régimen —mucho menos quienes se precian de ajustar su conducta pública a las exigencias del Evangelio— puede violar los derechos humanos fundamentales ni su propia Constitución Política, sin caer en el error, igualmente grave, de combatir la violencia con la violencia.

Señor Ministro, es muy posible que mis palabras sean interpretadas en un sentido político que no quisieran tener. No lucho en ningún partido; lucho por el hombre y quiero ser fiel a la misión que se me ha confiado como Obispo y pastor, en servicio del pueblo boliviano. El hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, es para mí el centro del universo. Creo, pues, en el hombre y en su liberación posible y necesaria, no sólo de su pecado personal, sino también de aquellas estructuras que le oprimen y que le impiden llegar a su plena realización. Los gobiernos pasan y el hombre permanece. Rechazo y detesto la violencia armada, cualquiera que sea su nombre, pero también aquella otra establecida en el poder, violencia institucionalizada sea

de derecha o de izquierda, del norte o del sur, cuando impiden que el hombre llegue a la plenitud que le corresponde por derecho inalienable como persona y como miembro de una sociedad.

"Allí dónde la paz social no existe; allí donde se encuentran injustas desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales, hay un rechazo del don de la paz del Señor; más aún, un rechazo del Señor mismo" (Documentos de Medellín, Paz. n.14).

Alguien llamará a estas palabras de los Obispos de Medellín comunismo. Pero eso sólo es posible en quienes no han leído el Evangelio.

"No es raro comprobar que estos grupos o sectores, con excepción de algunas minorías, califican de acción subversiva todo intento de cambiar un sistema social que favorece la permanencia de sus privilegios.

Como una consecuencia normal de las actitudes mencionadas, algunos miembros de los sectores dominantes recurren, a veces, al uso de

la fuerza para reprimir drásticamente todo intento de reacción. Les será muy fácil encontrar aparentes justificaciones ideológicas (v. gr. anticomunismo) o prácticas (conservación del "orden") para echonestar este proceder" (D. M. Paz n 5-6).

Los Obispos de América Latina —también de Bolivia— escribieron estas palabras en sus Conclusiones de Medellín como una profecía de acontecimientos futuros en nuestro Continente.

Ojalá no sea demasiado tarde para escuchar la voz profética de la Iglesia que habla con autoridad moral suficiente, porque ella no está comprometida en una lucha de partidos e ideologías, sino en una lucha humanizadora y liberadora del hombre, de todos los hombres. Su fuerza no le viene de la policía y los agentes secretos sino de la Palabra y de la Cruz.

Le saluda atentamente. Jesús López de Lama, Obispo - Prelatura de Corocoro

(Presencia, 11.4.72)

II CONFLICTO EN SANTA CRUZ

CARTA DE MONS. RODRIGUEZ AL PREFECTO DE SANTA CRUZ

"El martes 11 del presente, invocando la autoridad del señor Prefecto del Departamento, fue detenido el padre Oscar Dewulf sacerdote que presta servicios en la Diócesis, mientras pasaba clases en el Colegio Don Bosco, de esta ciudad y conducido preso al DIC para ser allí interrogado. Después de un breve interrogatorio fue pasado al segundo patio de la policía, donde se hallan los demás presos comunes y allí pasó la noche.

El Obispo que suscribe y algunos sacerdotes, para evitar que el padre Oscar pasara la noche en la policía, buscamos a usted, señor Prefecto, y a las primeras autoridades del DIC para garantizar su presentación a primera hora del día siguiente, pero todo fue inútil porque no los encontramos ni pudimos comunicarnos por teléfono para pedirle la libertad o por lo menos el que no se repita que duerma nuevamente en la policía. Usted me aseguró que no se repetiría el caso; como al mismo tiempo me concretó la acusación que pesaba sobre dicho sacerdote, de "ser el autor intelectual de la colocación de la bomba en su casa... y que tenía un testigo para encarar al Padre". Acusación muy grave por cierto, señor Prefecto, para un sacerdote, como no escapa a su alto criterio. Sin embargo, nada de ello apareció en el largo interrogatorio a que fue sometido el acusado.

"Han concluido todos estos actos penosos sin haber encontrado nada condenable en la conducta del padre Oscar, ningún acto que pudiera ser considerado subversivo, pero ha quedado muy dañado el nombre de un sacerdote. El DIC ha procedido "por sospechas,

por rumores" y sin más lo ha sancionado con reclusión, sometiéndolo además a un trato grosero, sin que haya cometido ninguna infracción contra las leyes de seguridad del Estado. También la autoridad del obispado ha sido ignorada olímpicamente, como en otras ocasiones".

"La presente relación tiene por objeto poner en su conocimiento, con los respectivos pormenores, lo acontecido en este nuevo como lamentable caso de conflicto entre la autoridad política y elementos de la Iglesia, en cumplimiento a un deber de Primera Autoridad Eclesiástica. Al mismo tiempo quiero significarle que el Obispado, en ningún momento se cohonestará con quienes se hallan comprometidos con trabajos político - partidarios o subversivos, debiendo éstos atenerse a las consecuencias. Como autoridad y como boliviano, el suscrito sería el primero en condenar a un sacerdote subversivo y conspirador. Jamás he encubierto ni he de encubrir ni proteger al que sea convicto en esos graves delitos. Pero tampoco puedo callar ante hechos de injusticia o sindicación grave y sin fundamento contra sacerdotes y religiosos que trabajan en mi Diócesis. Lo contrario sería faltar a un importante deber de Pastor Principal de la grey cruceña y dejar en el corazón de muchos un sentimiento de frustración y de abatimiento. Saludo al señor Prefecto, con este motivo, con mi mayor consideración y respeto". Monseñor Luis Rodríguez Pardo, Obispo de Santa Cruz.

(Presencia, 16.4.72)

ACUSACIONES CONTRA SACERDOTES Y RELIGIOSAS

Informó en grupo, dice el boletín prefectural: ante la evidencia cada vez más latente de que varios sacerdotes y religiosas han elegido las aulas de diferentes establecimientos para convertirlas en trincheras donde se imparten consignas y doctrinas que tienden a inducir a nuestra juventud para seguir el camino del comunismo, se ha establecido la formación de una organización femenina que actuando, si requiere el caso, como "grupos de choque" defenderá intransigentemente los principios cristianos legados por nuestros padres y en honor a la tradición eminentemente católica del pueblo de Santa Cruz".

Relaciones Públicas de la Prefectura afirma que además expresaron: "Estamos alarmadas ante la existencia de sacerdotes y religiosas que en diferentes escuelas y colegios van enseñando la doctrina de Cristo completamente distorsionada y alentando para que sea la juventud la que tome parte activa en lo que ellos llaman "liberación".

Las señoras, para fundamentar su denuncia, entregaron al Prefecto un libro "La Liberación" que según se dijo era utilizado como texto de religión y que contiene explicaciones sobre diferentes temas bíblicos pero —dicen— adaptados a la mentalidad de grupos comunistas".

El grupo femenino dio a conocer que su organización y el nominativo será conocido en los próximos días en forma oficial. Para concretar sus fines demandó de la primera autoridad política de Santa Cruz la máxima cooperación.

El prefecto explicó que "este era el primer apoyo veraz que recibía —dice el boletín oficial— frente a determinados hechos, toda vez que han explicado las causas de su alarma, no solamente con palabras sino llevando hasta el despacho prefectural pruebas reales de la labor que cumplen algunos agitadores disfrazados de religiosos".

RESPONDE EL PREFECTO DE SANTA CRUZ

Señor Obispo:

El problema de la detención de un sacerdote en Santa Cruz la semana pasada —me refiero al P. Oscar Dewulf— ha servido para que usted dirija a mi autoridad una extensa carta, la misma que ha tomado estado público nacional a través de la publicación que hace de ella, el matutino "Presencia" en su edición del domingo 16 de los corrientes.

Nuevamente el pueblo de Bolivia asiste a un conflicto que periódicamente vienen suscitando algunos miembros de la Jerarquía Eclesiástica, cuando las autoridades encargadas de velar y garantizar el orden político interno del país se ven en la lamentable obligación de detener e investigar las actividades de algunos clérigos a los cuales, con sólidos fundamentos, se los supone identificados con el extremismo.

A esta altura de los acontecimientos ya nadie en Bolivia tiene la más mínima duda acerca de las estrechas relaciones o de la activa participación, cuando no del silencio cómplice en el cual cayeron ciertos sectores de la Iglesia, durante el desgobierno derrocado por la Revolución Nacionalista.

Extraña sobremedera a mi autoridad la persistente actitud de usted, Monseñor, ya que su persona debía participar antes del 19 de agosto, de las angustias e inquietudes que provocaban en nuestra comunidad cruceña la abierta prédica marxista de varios sacerdotes de esta su Diócesis. NADA HIZO USTED ENTONCES NI PARA CALLARLOS NI PARA PROTEGER A NUESTRA SOCIEDAD de ese veneno que diariamente se destilaba en las iglesias, los colegios y nuestra institución caía a su dialéctica destructora y criminal.

Y si no, permítame preguntarle: Monseñor, ¿dónde

estaba su prédica de justicia social y sus alarmantes misivas, cuando grupos de mujeres cruceñas desafiaban las balas que contra ellas se disparaban desde la Universidad donde varios sacerdotes decían "enseñar sociología"?

¿Dónde se encontraba usted, cuando una señora cayó herida a consecuencia de un disparo que significó la mecha que encendiera después el valor de la mujer cruceña, cansada ya de tanto vejámen? Perdone Monseñor, pero personalmente no recuerdo ninguna intervención suya en favor de su grey a la que tanto dice amar y defender, en nombre de la religión de Cristo que yo tanto respeto, y a la que debo mis actos.

Viene su carta ahora a poner sobre el tapete, situaciones que mi autoridad no va a tolerar. Somos respetuosos del orden y más que nada de la LIBERTAD por la cual arriesgamos nuestras vidas. Es preciso Monseñor que usted entienda, y con usted todos los que aún no lo hayan entendido que una LIBERTAD CONQUISTADA EN MEDIO DE TANTAS CONVULSIONES no puede tener la cara tranquila y domesticada que algunos, con mil pretextos, quieren darle ahora. No la puede tener porque hicimos una revolución y estamos en un estado revolucionario.

Antes de agosto vimos al país envilecido y, bueno es recordarle, no fue la Iglesia precisamente quien alzó su voz contra el envilecimiento. Ahora se encuentra nuestro pueblo ante la paradoja de mientras el país se hundía, algunos Obispos parecían satisfechos y hasta adoptaban poses demagógicas regalando bienes del pueblo cristiano. Quizá estaban seguros del triunfo y de la instauración del paraíso socialista. A esos Obispos y a los curas marxistas no se les podía persuadir Monseñor, porque ya no eran representantes de

la fe religiosa, sino de una ideología.

Desde todos los sectores del pueblo de Bolivia se dice y se sostiene que esta es la hora de "ser o no ser". Sin embargo, como autoridad y representante de un Gobierno auténticamente popular y revolucionario quiero, por última vez, hacer este tipo de manifestaciones. No es mi deseo causar el más mínimo conflicto a la Iglesia cuya doctrina defiende, pero tenga usted por seguro que seré inflexible en castigar e investigar hasta sus últimas consecuencias todos los actos de los ciudadanos a quienes se crea que están comprometidos con la subversión y el extremismo. En este sentido mi posición no admite ni dudas, ni contemplaciones: SI EL COMPROMISO O LA SOSPECHA RECAEN SOBRE ALGUN SACERDOTE, ESTE SERA TRATADO COMO CORRESPONDE.

Quede finalmente en claro, Monseñor, que aunque pareciera que el diálogo entre los bolivianos ha sido cortado no es así, ni es el Gobierno quien fomenta esa quiebra de las relaciones entre los hombres que habitan esta tierra. No se olvide usted, que todos tenemos conciencia por las últimas denuncias del Presidente y que la conjura contra la patria no se detiene.

A los extremistas, Monseñor, el diálogo no les in-

teresa y usted sabe que un hombre al que no se le puede persuadir, es un hombre que espanta. Así, al lado de hombres valientes que libraron la jornada épica del 19 de agosto, y que hablaron antes de esa jornada, se une ahora la de ciertas personas que aprovechando de la libertad concedida hablan, pero esta vez para entrar en la gran conspiración del silencio, al no advertir, por y con autoridad espiritual de la cual están investidos, donde está el verdadero enemigo de la fe.

Sobre la pena de los hombres y a pesar del daño que puede causarse, a veces involuntariamente, está el destino de la Patria y la tranquilidad de sus hijos. Pese a quien pese esa es nuestra lucha y de allí, Monseñor no nos desviaremos.

Estoy tranquilo con Dios porque a El le sirvo con mis obras, y El es mi guía cuando tomo decisiones. Mi pueblo está presente ahora como lo estuvo en agosto. Y soy consciente de que como siempre lo hice, seguiré cumpliendo con mi deber.

Con este motivo, saludo a usted, atentamente. Firmado Widen Razuk Abrene. Prefecto del Departamento.

(Presencia, 18.4.72)

CARTA DE LOS PP. OBLATOS A MONS. RODRIGUEZ

Muy estimado señor Obispo:

Los Oblatos que trabajamos en Bolivia queremos expresarle nuestros sentimientos del más vivo agradecimiento por la justa y valiente defensa que S.E. ha hecho de un hermano nuestro falsamente acusado por las autoridades civiles de ese Departamento. Su actitud está perfectamente enmarcada dentro de la misión del Pastor que vigila y defiende a sus hijos, sobre todo cuando estos sufren por la justicia. Las palabras de su carta del 15 del corriente (Presencia 16-4.72) al señor Prefecto de Santa Cruz son las del Obispo que con la fortaleza del Espíritu de Dios no tiene miedo a defender la verdad donde quiera que esta se encuentre.

Queremos aprovechar la ocasión para testimoniar, una vez más, nuestro total convencimiento de que P. Oscar Dewulf es inocente de las graves denuncias que contra él se han lanzado. Se habla en la carta del Sr. Prefecto de "clérigos que se los supone identificados con el extremismo, con sólidos fundamentos" (Presencia 20-4-72). En la parodia de juicio que se llevó contra el P. Oscar no se adujo ninguno de esos "sólidos fundamentos"

de que habla el Sr. Prefecto. Es fácil y nada cristiano el manchar la fama de un sacerdote, pero lo justo y correcto es probar claramente tales denuncias. El señor Prefecto había hecho una gravísima alusión en el sentido de que el P. Oscar habría sido el autor intelectual de la colocación de una bomba en su casa y de que tenía un testigo para encarar al Padre. No obstante, en el juicio que se llevó a cabo contra el P. Oscar no sólo no se presentó dicho testigo, sino que, ni siquiera se le preguntó sobre tal atentado.

En estos momentos de dolor para usted queremos expresarle nuestra simpatía y nuestra solidaridad y rechazar como irrespetuosos e infundados los conceptos de la carta del Sr. Prefecto de Santa Cruz.

Cuente usted Monseñor, lo mismo que todos sus Hermanos en el Episcopado, con el afecto, estima y cooperación de todos los Oblatos que trabajan en Bolivia. Afectuosamente en Cristo. Firmado P. Victor Simard. OMI. P. Gregorio Iriarte OMI

Oruro, abril 21 de 1972

PASTORAL DE LOS OBISPOS DE SANTA CRUZ

Amados Hermanos:

Nuestra misión de obispos es anunciar a Jesucristo. Para cumplir esta misión siempre nos esforzamos en permanecer libres con respecto a todo grupo, a todo partido y a todo poder. Este nuestro afán de ser li-

bres de presiones no significa que estemos alejados o seamos indiferentes ante los acontecimientos de nuestro ambiente. Como ciudadanos, como cristianos y como pastores, sufrimos la preocupación que afecta a todos y cada uno de nuestros hermanos. Nuestro ser-

vicio a la familia de Dios, por mandato divino, es enseñar la verdad de Cristo y ayudar a formar conciencias rectas según el Evangelio.

En los últimos días hemos notado algunas actitudes de grupos cristianos que afectan la armonía que debe reinar entre hermanos, creando tensiones en el pueblo de Dios. Así, hemos constatado la acusación a "ciertos sacerdotes, religiosos y monjas de convertir los establecimientos educativos en tribunas de adiestramiento comunista". Como obispos de la diócesis rechazamos categóricamente esta injusta acusación contra nuestros sacerdotes y religiosos. Ellos no son, de ninguna manera, comunistas. No dudamos, en ningún momento, que ellos son fieles servidores de Cristo y de su Iglesia y que comparten con nosotros la misión de enseñar el mensaje evangélico. Nos apena también que algunos puedan tildarlos tan ligeramente de comunistas porque han visto usar un libro intitulado "liberación" (texto escolar, como documento de consulta para profesores de Religión y no como texto de estudio de los alumnos).

Entendemos que la palabra "liberación" es rechazada y temida por muchos por la posible concomitancia con ideologías extremistas. Es un riesgo nacido en los últimos años.

El concepto "liberación" es tan antiguo como la Historia del pueblo de Dios, liberado por Moisés. Tiene su desarrollo en la vida de Cristo, quien se aplica a sí mismo las palabras del Profeta Isaías: "He sido enviado por el Padre para anunciar a los pobres la buena nueva, proclamar la liberación de los cautivos y dar libertad a los oprimidos". La Iglesia misma, cuya misión es continuar la obra de Cristo, tiene la tarea de liberar al hombre del pecado y de sus consecuencias.

Siendo la liberación un hecho netamente religioso y trascendente de la vida cristiana, conviene que, como cristianos maduros le demos su sentido pascual y no político, utilizado con tanta saña, argucia y mala fe. Liberación cristiana significa tanto la conversión de cada persona como la salvación por el amor de toda la comunidad. Amor no es palabra vacía, sino de comunicación de bienes enriquecida con el afecto fraternal de hijos de Dios.

Liberación cristiana significa, en igual forma, ruptura de las cadenas internas del pecado, como también de las consecuencias del egoísmo y de la maldad humana: la desnutrición y la enfermedad, la ignorancia y la opresión, la falta de abrigo y de techo: la privación de la libertad de expresión, de asociación y de otros males como salarios injustos a que están sometidos tantos pueblos que los obispos, reunidos en Medellín, llamaron estado de "violencia institucionalizada".

Otro asunto que nos da grave preocupación y, con nosotros a toda la comunidad boliviana, es la aparición en nuestro ambiente, de grupos de acción represiva, que se atribuyen a sí mismos poderes de juzgar y matar como si fueran jueces y autoridades legítimas

mente constituidas. Los creyentes no deben dar sus nombres a tales organizaciones de terror, porque esto es sumamente peligroso, inhumano y anticristiano. Al contrario deben dar validez y fuerza a las instituciones legales que, como los tribunales de justicia, salvaguardan los derechos y castigan los delitos, en nombre de Dios y de la Ley. Hay un mandamiento: "No matarás" y otra sentencia de Cristo: "El que a hierro mata, a hierro morirá". Son palabras divinas y las palabras de Dios no pasan.

Vivimos, —amados hermanos— tiempos difíciles, de muchas tensiones, de acontecimientos rápidos, a veces trágicos y sangrientos. Pero no perdamos la confianza ni la fe en Cristo. Quién ha vencido al mundo. Nosotros somos de Cristo y Cristo es de Dios. Si así creemos y así tratamos de vivir, como hermanos redimidos con la Sangre de Cristo, tenemos todos que trabajar para desterrar toda enemistad y discordia, todo juicio temerario, todo lo que es mentira o calumnia. Recordemos diariamente las palabras del Apóstol Santiago: "Todos cometemos muchos errores, y si alguno no comete ningún error en lo que dice, es un hombre perfecto, que sabe también poner freno a todo su cuerpo. Cuando ponemos freno a la boca de los caballos, para que nos obedezcan, podemos manejar, así, todo su cuerpo. Así pasa también con la lengua: es una parte pequeña del cuerpo se cree capaz de cosas grandes. Qué bosque tan grande puede quemarse por un pequeño fuego. Y la lengua es un fuego". (Santiago, 3:3-6)

Igualmente, volvamos a meditar las palabras del mismo Apóstol: "Pero si ustedes tienen envidia amarga en su corazón y hacen las cosas por interés personal, entonces no deben sentirse orgullosos de su sabiduría, pues eso sería mentir y negar la verdad. Pues esta no es la clase de sabiduría que viene de Dios, sino que es una sabiduría de este mundo, de la mente humana y del diablo mismo. Porque donde hay envidias e interés personal allí hay desorden y toda clase de maldad. Pero los que tienen la sabiduría que viene de Dios, primeramente tienen una vida pura, luego son pacíficos, bondadosos y razonables. Son compasivos y hacen el bien, son francos y sinceros. Y son los que procuran la paz, siembran en paz, para cosechar una vida recta". (Santiago 3:14-18).

Queremos expresar, en esta ocasión, a nuestros sacerdotes, religiosos, religiosas, colaboradores nuestros en el campo y en la ciudad una palabra de aliento ante las dificultades que se presentan a diario en el ejercicio de su ministerio pastoral y educativo. Estos obstáculos, en todo tiempo han sido provocados por la acción de Satanás, desde dentro y fuera de la Iglesia; son acontecimientos mezclados de lágrimas y de sangre. Mas, somos hombres de fe. Alguien, que es verdad infalible, está a nuestro lado y no hay más que tener el oído atento para percibir su palabra: "Yo soy, no temáis". El está precisamente en estas circunstancias en que nos toca vivir y El ha sido el que nos

ha llamado y escogido para ser sus enviados. No dependemos del momento ni del puesto político sino de la fe en Cristo, que nos exige adhesión personal y el valor de dar la vida por la salud del mundo. Hermanos: sed fuertes en vuestra fe, fieles a vuestra misión, heroicos en nuestro amor al hombre redimido y, sobre todo, comprensivos con los pobres y los humildes. No precisáis una recomendación sobre el particular, porque desde vuestra ordenación y consagración hasta hoy día, habéis multiplicado las obras sociales para los pobres y necesitados. Seguid trabajando, defendiéndolos y hablando por ellos hasta que salgan de su miseria. Todo esto, no obligados por las circunstancias variantes de la política sino por convicción evangélica, porque es mandato de Cristo.

Esta predilección por los pobres que no os haga olvidar que sois luz para TODOS los hombres, para todos los hijos de Dios, para quién no hay extraños: ni griegos, ni hebreos, ni ricos, ni pobres, ni grandes, ni pequeños; porque, aún para vuestros enemigos,

sois sacerdotes, hermanos, servidores, perdonadores y artífices de la salvación universal.

Finalmente, amadísimos hermanos laicos, para vosotros también una palabra especial. Debéis daros cuenta de que estamos viviendo días de prueba para la Iglesia de Dios. De una y otra forma se trata de desprestigiarla y dividirla, cuando ella sólo tiende a buscar el bien común. Os pedimos orar mucho, orar para que el Señor nos de siempre la alegría de trabajar por su causa y por el bien de los hombres, en paz y armonía fraternal.

En esta reflexión os exhortamos a unir la ferviente oración al Padre para que ilumine a vuestros Prelados y a vuestros gobernantes y guíe el corazón de todos los bolivianos en la construcción de una Patria donde reinen la justicia y la paz.

Santa Cruz, 18 de abril de 1972. Luis Rodríguez, Obispos Residencial; Carlos A. Brown, Obispos Auxiliar. Santa Cruz de la Sierra — Bolivia.

(Presencia, 24.4.72)

ENTREVISTA DE 'PRESENCIA' AL CARD. MAURER

1. ¿En qué situación se encuentran las relaciones entre la Iglesia y el Gobierno del Coronel Hugo Banzer, alteradas últimamente por una serie de de contratiempos...?

R. Como usted dice, ha habido algunos contratiempos, que sensiblemente y a pesar nuestro ha creado tensiones entre la Iglesia y el Estado... Reiteramos lo expuesto en otra ocasión al mismo Señor Ministro del Interior en cuanto a nuestra preocupación por la retardación de justicia, las calumnias y sospechas, fruto tal vez de venganzas personales.

2. ¿Qué opinión le merece la carta-respuesta del Prefecto de Santa Cruz a nuestro Obispo Mons. Luis Rodríguez, cuyo contenido antes que una explicación ha sido calificado por algunos como una advertencia...?

R. Sencillamente deplorable. El Obispo de Santa Cruz protesta por la detención de un sacerdote a quien se le acusa de ser autor intelectual de poner una bomba en la casa del Prefecto, lo apresan y no le prueban nada absolutamente. A tal protesta hecha con toda cortesía, el Prefecto contesta con una serie de amenazas a los Obispos y sacerdotes de Bolivia en forma prepotente. No tenemos poses nazis. Tenemos la autoridad apostólica que nos legó Cristo. Nuestra autoridad es de servicio. Y así estaremos siempre al lado de nuestro pueblo y en sus angustias, sirviendo y defendiendo sus derechos.

El Señor Prefecto afirma que "algunos Obispos parecían satisfechos y hasta adoptaban poses demagógicas regalando bienes del pueblo cristiano..."

Difícilmente podrá probar el Señor Prefecto esta afirmación.

3. Autoridades locales enfatizaron en varias ocasiones que "algunos Obispos y sacerdotes" se encuentran comprometidos con el "extremismo", desviando su labor espiritual y social hacia el campo político. ¿Cómo recibió la Iglesia en Bolivia tal acusación?

R. Nos parece que esas autoridades confunden la predicación de una mayor justicia social con el "extremismo". Eso no es desviar la labor espiritual y social hacia un campo político, sino más bien cumplir con el sagrado deber de todo sacerdote Ministro del Señor, estar principalmente al lado de los pobres y necesitados y exigir el cumplimiento de la justicia social.

4. Tenemos entendido de que, a raíz del segundo allanamiento de la residencia del Obispo de Corocoro Mons. López de Lama, el Episcopado exigió del Gobierno una averiguación minuciosa de los hechos. ¿Se ha logrado algo al respecto...?

R. En efecto, el 9 de abril del presente año y bajo los absurdos pretextos de encontrar armas y refugiados políticos, la residencia y oficina del Obispo de Corocoro, fueron allanadas por segunda vez. Según afirmación de los agentes, dicho allanamiento fue ordenado por el Señor Ministro del Interior. Además de la protesta formulada por Mons. López de Lama en carta dirigida al Ministro el 10 de los corrientes, juzgué conveniente enviarle yo también un telegrama en mi calidad de Presidente de la Conferencia Episcopal, al que contestó el Señor Ministro diciendo que dicho allanamiento no había sido ordenado por su Despacho. En vista de esa contradicción y ante la gravedad del hecho, le escribí una carta, cuya copia me

permite entregarle señor periodista, la cual hasta el presente no ha merecido que sepamos ninguna respuesta de parte del Señor Ministro. Debido a ello y ante nuevos acontecimientos que venían a enturbiar más las relaciones del Gobierno con la Iglesia, tuve una reunión en Sucre con el Arzobispo de La Paz y el Obispo de Cochabamba, y nos pareció conveniente dirigir una nueva carta con fecha 17 de abril al señor Ministro del Interior, cuya respuesta estamos esperando hasta el día de hoy.

5. En "PRESENCIA" del 7 de abril apareció una declaración del Ministro del Interior a los periodistas en la que se atribuye a dicho Ministro estas palabras: "Se refirió al caso del jesuita Luis Alegre informando que hace pocos días fue puesto en libertad por consideraciones especiales del gobier-

no hacia la Jerarquía Eclesiástica, pero bajo compromiso de que, por su situación de extranjero y por haber sido sorprendido en actividades subversivas abandone el país en un plazo de tres meses... ¿Qué hay sobre eso?

- R. Al respecto nos permitimos recordar que dicho Padre fue puesto en libertad una vez comprobada su inocencia y sin ulteriores compromisos. Se ha pedido al Señor Ministro poner en claro este asunto ante la opinión pública, porque no deseamos aparecer ante ella, en asuntos de justicia, como pidiendo o aceptando del gobierno consideraciones especiales. Comprenderá que el hecho presentado así es desfavorable a la Jerarquía, lesiona la fama del padre y desorienta al pueblo.

(Presencia, 30.4.72)

CARTA DEL CARD. MAURER AL MINISTRO DEL INTERIOR

Excelentísimo Señor Ministro:

Cumplo con el deber de acusar recibo de su telegrama de fecha 12.4.72 en el cual contesta al mío y se refiere al segundo allanamiento de la residencia del señor Obispo de Corocoro en la localidad de Patacmayá. Explica su Autoridad que dicho allanamiento no ha sido ordenado por su despacho.

Ante la gravedad del hecho que usted mismo, señor Ministro señala, de que existirían "intereses por crear conflictos entre la Iglesia y el Estado", consideramos de gran importancia y urgencia ser informados del resultado de las investigaciones que su autoridad ha ordenado realizar y que deseamos conocer para informar a nuestros fieles y a la opinión pública acerca de la verdad de lo ocurrido, de sus autores y de

las sanciones que les corresponderían según la Ley.

Creemos que esta clarificación de los hechos contribuirá a despejar erróneos conceptos e infundadas sospechas que, además de echar sombras a la honorabilidad y buena fama a que todo ciudadano tiene derecho, contribuyen a restar autoridad a un digno Prelado de la Iglesia y vienen a dificultar nuestras mutuas relaciones.

Con este motivo me es grato reiterar a Vuestra Excelencia la expresión de mi consideración más distinguida.

Firmado José Clemente Card. Maurer, Presidente de la C.E.B. Arzobispo de Sucre.

Sucre, abril 16 de 1972

NUEVO PRONUNCIAMIENTO DEL PREFECTO DE SANTA CRUZ

"No considero abuso ni prepotencia defender al pueblo de los bandoleros que se esconden en la impunidad de una sotana guerrillera", expresó el Prefecto del Departamento de Santa Cruz, Widen Rasuk Abrene, en el acto central realizado en la plaza 24 de setiembre a la conclusión del desfile cívico y en el que participaron todos los sectores laborales en recordación de la fiesta del 1º de mayo.

La primera autoridad departamental, calificó a ciertos sacerdotes de "tercermundistas" y dijo que estaban haciendo el juego a los marxistas-comunistas y a los ateos que desconocen a Dios, principio que defiende y sustenta a través de los siglos la Iglesia Católica.

"Quiero explicar al pueblo la razón por la que el clero tercermundista me combate —dijo el Prefecto Rasuk Abrene—, quiero presentarme ante la conciencia pública, como una autoridad que defiende los principios nacionalistas. No considero abuso ni prepotencia defender al pueblo de los bandoleros que se

esconden en la impunidad de una sotana guerrillera. Tampoco considero prepotencia imponer el orden en defensa de la paz pública y de las libertades ciudadanas. Me causa estupor cuando oigo protestas destempladas que buscan justificar errores de "sus ovejas descarriadas".

Más adelante, el Prefecto de Santa Cruz denunció públicamente ser poseedor de pruebas palpables de los que señalan su inocencia. Al respecto indicó: "Que Dios me perdone, porque me he visto obligado a solicitar a los organismos respectivos, algunos folletos y un libro que eran guardados como prueba de la concomitancia de algunos sacerdotes con el extremismo rojo, para mostrarles a ustedes. He aquí un libro titulado "La Liberación"..... obsérvenlo..... y dicen estos señores que es texto de religión..... Indican en sus alharacas absurdas que era un texto para los docentes..... Acaso no fue el padre Oscar Dewulf quien en una clase a los maestros de catecismo les dijo que "este es el libro que hay que enseñar.

Véndanlo a los alumnos a doce pesos...."

Y pueden ustedes concebir nuestra santa religión católica concebida en estos términos... Escuchen ustedes: "Introducción: No ha dejado de ser esta la hora de la palabra; pero se ha tornado, con drámatica urgencia la hora de la acción..." y he aquí otro párrafo de este libro de religión: "El hombre ha descubierto que el Dios que lo ha creado para continuar su obra creadora, se ha ido de vacaciones y lo ha dejado solo en su tarea, ante la inmensa responsabilidad de controlar las fuerzas de la naturaleza y de organizar su propia historia. Evadir esas tareas sería un pecado de infidelidad a la misión que Dios le confió".

"Hombres y mujeres de Santa Cruz —dijo Widen Rasuk: "Sólo he leído dos párrafos de un libro cuya edición ha sido autorizada por el Obispado cruceño. Ahora pregunto yo: ¿Podemos los padres confiar a nuestros hijos a semejantes maestros?... ¿Qué interesa que lleven sotana si por dentro son ateos y materialistas...? Y ahora escuchen ustedes: Voy a leer un párrafo de la página 77 del libro LA LIBERACION..... con el subtítulo ACTUAR... y dice así: Intentemos quitar en nuestro medio el mito creado en torno a Marx. Debemos aprender y valorar con objetividad los aspectos positivos y negativos de este y de cualquier movimiento. Cuidemosnos de juzgar a alguien como comunista por el solo hecho de anhelar un cambio social".

Al revelar estas partes del libro, Rasuk, dirigiéndose a la concentración de trabajadores, preguntó si la Iglesia Católica no había combatido durante casi dos mil años el ateísmo... "¿Acaso no son los marxistas quienes señalan que la religión es el opio del pueblo...? y ahora son precisamente los sacerdotes los que nos dicen que antes de juzgar estudiemos al marxismo".

En forma vehemente el Prefecto cruceño, dijo que por no ver en Bolivia la existencia del marxismo, estaba dispuesto a llegar a cualquier sacrificio.

Al rechazar nuevamente los ataques de que es objeto, Rasuk, dirigiéndose a los sacerdotes, manifestó: "Para combatir al asesino muchas veces hay que ser violento..... Y el ateo es un asesino en potencia porque no reconoce a Dios al autor de nuestras vi-

das".

En declaración ante el pueblo trabajador de Santa Cruz, el Prefecto reiteró su profunda vocación cristiana y ratificó su posición de respeto absoluto a los valores permanente de la Iglesia, que es obra fecunda del obrero mártir del Gólgota.

Hizo mención a un frase de San Agustín, al manifestar: "Hay que defender la religión no matando, sino muriendo por la fe".

"La Iglesia eclesiástica pretende señalarme con sus ideas, la forma y los modos con los que se deben gobernar... Yo sólo me permito, no aconsejarles, porque ellos son intermediarios ante Dios y los hombres, sino recordarles lo que dijo San Pablo a los romanos en una epístola cuando les exhortaba a la sumisión a la autoridad pública: Decía San Pablo: ¿Queréis vivir sin temor a la autoridad?..... Haced el bien y seréis elogiado por ella. Pero si hacéis el mal, temed, que no en vano lleva la espada. Es preciso que vivas sometido a la autoridad, no por temor al castigo, sino por deber de conciencia".

Remarcó asimismo que "a estas alturas debo advertir que no me amilana ni me asusta el desplante de los curas "tercermundistas" que defienden posiciones erradas... yo creo que cumplo mi deber como autoridad en defensa de las instituciones tutelares, de preservación de la paz pública y de defensa de las libertades ciudadanas".

Alabó luego el trabajo silencioso y sacrificado de otros sacerdotes que cumplen realmente su apostolado como ser el Padre José Vidal, jesuita cuya obra es reconocida por todo el pueblo, el Padre José María Ruiz, párroco de Portachuelo, al Padre Ripa, que trabaja con los enfermos leprosos, al apóstol de nuestra educación, al padre Francisco Amil, a Monseñor Gerike y otros que realizan y llevan adelante obras de fecunda labor.

Finalmente Widen Rasuk Abrene, solicitó al pueblo concentrado que se pronuncie si quería que él continúe a la cabeza de la Prefectura. Los trabajadores que en gran número asistieron a la celebración del 1º de mayo expresaron su apoyo con aplausos y vítores al gobierno del Presidente Hugo Banzer Suárez y a las autoridades departamentales.

(Diario Hoy, 3.5.72.)

Teología abierta para el laico adulto

por

JUAN LUIS SEGUNDO

en colaboración con el

Centro Pedro Fabro de Montevideo

1

Esa Comunidad llamada Iglesia

2

Gracia y condición Humana

3

Nuestra idea de Dios

4

Los Sacramentos hoy

EDICIONES CARLOS LOHLE

Distribuye América Latina

18 de JULIO 2089